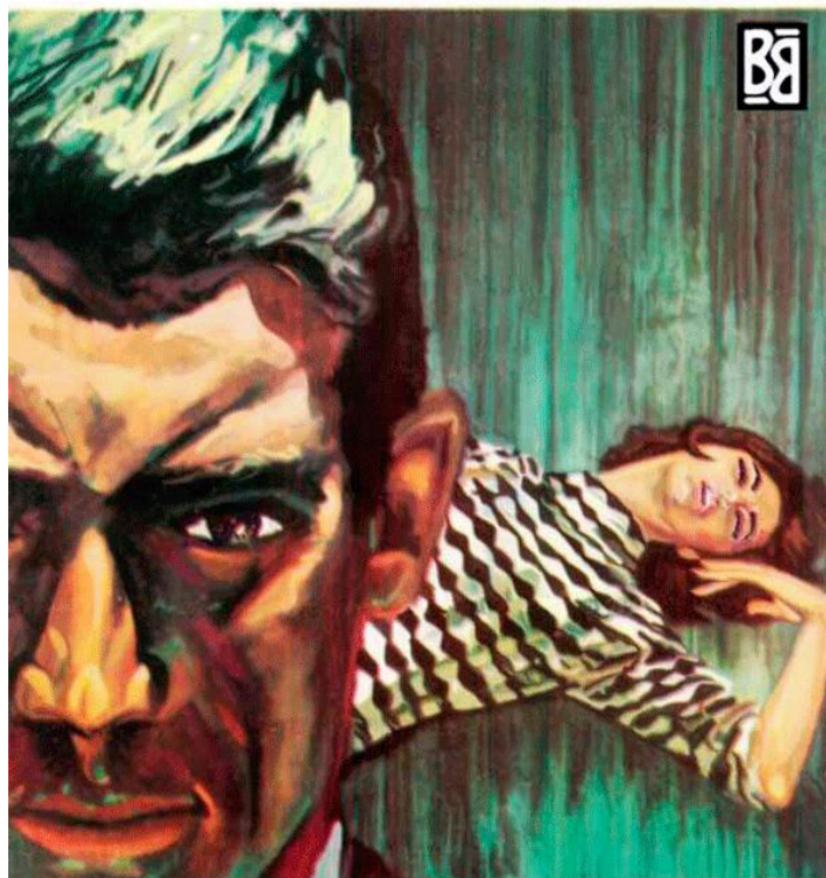


PUNTO
ROJO

operación Van Allen

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



FRANKIE
CARELLA

CAROL



"OPERACION VAN ALLEN"



BURTON HARE

«OPERACION VAN ALLEN»

Colección PUNTO ROJO n.º 231

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 23.066 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre el texto literario

© JOSE CURTIELLA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

- 223. — Brillo mortal.
- 228. — Operación Tormenta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 827. — Llorarás a tus muertos.
- 831. — Muerte en la azotea.
- 835. — El extraño crimen del fuego.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

- 120. — Contra el tráfico de muerte.
- 124. — Crimen por correspondencia.
- 129. — Hasta que la muerte llegue.

CAPÍTULO PRIMERO

LA REUNIÓN

El hotel Sheraton, sin ser de los más lujosos de Nueva York, es lo suficientemente importante como para que sus empleados estén acostumbrados a tratar toda clase de gentes encumbradas, desde estrellas de la pantalla y la televisión, hasta políticos de países amigos y enemigos; científicos de paso, escritores, hombres de negocios...

Pero incluso los flemáticos empleados es posible que hubiesen aguzado el oído y la vista, si hubieran sabido quién era el hombre de cabellos grises, gafas sin montura y ataviado con un sencillo traje gris plomo y finas rayas más oscuras. El hombre llevaba una cartera de documentos en la mano y no se distinguía en nada de los capitanes de empresa que pululan por Wall Street a cualquier hora de la mañana.

También a los periodistas les habría encantado saber que el Secretario de Justicia subía en el ascensor del Sheraton sin darse a con sin tener habitación alquilada en el hotel; en una palabra: de incógnito.

La habitación a cuya puerta llamó estaba en el décimo piso. El hombre esperó con cierta impaciencia hasta que le fue franqueada la entrada.

Al cerrarse la puerta tras él, sus ojos que brillaban detrás de las gafas recorrieron al grupo de hombres reunidos allí, esperándole. Sonrió casi imperceptiblemente al posarlos sobre un tipo de más de seis pies de estatura, cabello negro y encrespado y ojos de un gris acerado y penetrante, helados y sin expresión.

—Buenos días a todos —murmuró, avanzando—. ¿Cómo está, Frankie?

—Bien, señor. Un poco cansado quizá.

—Lo comprendo... Siéntense, por favor. Ha sido usted más puntual que yo, profesor...

El aludido, un hombre de unos cincuenta años, delgado y pálido, con un cuerpo nervioso e inquieto, se limitó a sonreír con una mueca.

Los otros dos hombres volvieron a sentarse sin pronunciar palabra, pero conscientes del escrutador vistazo que el Secretario de Justicia de los Estados Unidos les dirigía, como si quisiera descubrir en ellos escondidas cicatrices.

Hubo un corto y tenso silencio. Después, el visitante indagó:

—¿Está usted al corriente de este asunto, Frankie?

—No, señor. El profesor Bloch ha preferido esperar a que llegase usted para hablarnos de ello.

—Ya veo. Aunque es innecesario insistir sobre el particular, me parece oportuno reiterarles a ustedes la capital importancia de la misión que va a serles encomendada. Y el estricto secreto de la misma, naturalmente.

Carella asintió con un gesto. Desde sus respectivos asientos, Johnny Rugolo y Lin Burke, otros dos miembros del peligroso grupo conocido por algunos como «Los Justicieros», miraron a su jefe y se limitaron a esperar las explicaciones en completo mutismo.

Los dos eran robustos, casi corpulentos. Pero en sus fuertes cuerpos no había ni un átomo de grasa superflua, sólo músculos, nervios y tendones duramente entrenados para toda clase de luchas.

Frankie Carella dijo con su voz rotunda:

—Estamos acostumbrados a considerar así todos nuestros «trabajos», señor.

—Sí, ya sé... ¿No ha regresado su compañero todavía?

—Brete sigue en Estambul —explicó el jefe del grupo—. No tardará ya en volver... tan pronto ultime algunos detalles que quedaron pendientes tras nuestro precipitado regreso.

—Perfectamente. Supongo que entre todos ustedes podrán resolver la papeleta que tenemos entre manos. ¿Han oído hablar por casualidad de la «Operación Van Allen»?

Los tres negaron con un gesto. El profesor carraspeó.

Carella dijo, titubeante:

—Ése es el nombre del Cinturón radiactivo que rodea a la tierra.

Por lo menos, eso tengo entendido.

—Es algo más en nuestro caso. Con ese nombre se designó en sus principios un proyecto en el cual llevamos invertidos muchos miles de millones de dólares. Ese proyecto, secretísimo, parece que está en dificultades ahora. Ustedes tratarán de hacer desaparecer esos inconvenientes. El profesor Alfred Bloch, uno de los directores del proyecto, les pondrá al corriente de la naturaleza de la empresa y sus problemas.

Tres pares de ojos inexpresivos se centraron sobre el hombre de ciencia. Éste explicó:

—Especialmente, el «Proyecto Van Allen» consiste en un supercohetes de gigantescas proporciones, destinado a llevar, en su primer vuelo experimental, una carga atómica y un satélite simultáneamente. La carga, de poca potencia en ese experimento, estallará a una altura de dos mil millas por encima del Cinturón Van Allen, mientras el satélite girará a esa misma altura por tiempo indefinido, registrando todos los efectos de la explosión, la radiación posterior y las anomalías, si las hay, que haya sufrido dicho Cinturón. ¿Entienden todo esto, antes de seguir adelante?

Carella esbozó un gesto de duda.

—Todo lo que he logrado comprender —dijo—, es que van a disparar un cohete de proporciones gigantescas, y que ese artefacto pondrá un satélite en órbita y hará estallar una carga atómica a una altura determinada. ¿Es así?

—Exactamente.

—Bueno, imagino que los rusos tendrán mucho que decir cuando el experimento se lleve a cabo. Después de todo, existe un tratado de prohibición de pruebas nucleares en la atmósfera.

—Realmente, ese acuerdo existe —replicó el profesor—. Pero tenemos noticias muy seguras de que ellos están preparando una prueba similar, aunque con otros fines y medios distintos. Lo que nos interesa primordialmente es ganarles por la mano. Es preferible que se desgañiten una temporada a que se rían de nosotros, ¿no cree?

—Entendido. Adelante, señor.

Alfred Bloch carraspeó. Su mirada nerviosa e inquieta examinó fugazmente el rostro de aquellos tres hombres cuya misión en la vida parecía centrarse en arriesgar continuamente sus existencias.

—Lo expuesto hasta aquí es el fin primordial del primer vuelo del super-cohete. Posteriormente, éste servirá igualmente para fines militares, ya que su potencia y capacidad lo convierten en el más eficaz portador de grandes cargas atómicas o de hidrógeno. Con ese cohete no existirá ni un sólo rincón de la Tierra al que no podamos llegar con una bomba nuclear de cualquier potencia.

—Ya veo... —musitó Carella.

—Resumiendo —añadió el profesor—. Ese cohete nos dará la supremacía en dos campos de importancia fundamental: El puramente militar por un lado, y el espacial por otro. Ninguna otra astronave que puedan construir los rusos podrá aventajar a la nuestra, por lo menos en muchos años.

—Permítame un momento —le atajó Carella, pensativo—. ¿Qué impedirá a los rusos desarrollar otro vehículo espacial semejante? Han demostrado que en ese campo sus hombres de ciencia son inmejorables.

—El combustible —exclamó el físico—. Ahí está el secreto de la potencia del «Super-Star», nuestro cohete. Utiliza un combustible secreto, sólido y de un poder jamás imaginado. Una carga de éste casi inagotable no ocupa más espacio que el depósito de gasolina de un *jet* de pasajeros.

—Entiendo. Ahora veamos en qué consisten las dificultades con que tropiezan ustedes —quiso saber el jefe de «Los Justicieros».

—Todo se reduce a una palabra extremadamente fea: «Sabotaje».

Realmente, era una palabra desagradable y que permaneció flotando en la tensa atmósfera como un pesado moscardón.

—Siga —animó Carella al físico.

—En realidad, es sólo un temor ya que hasta el momento no se ha intentado nada contra el proyecto en sí. Pero dos de los hombres encargados de la seguridad han muerto asesinados la última semana. Eso ha hecho que nuestros temores se centren en la integridad del cohete. Va a ser lanzado dentro de cinco días exactamente... de manera que un sabotaje a estas alturas resultaría fatal.

—Háblenos de esos crímenes.

—Usted sabe que el F.B.I., destina a la custodia de esos proyectos a sus agentes especializados. En nuestra base había dos que residían en ella desde un principio.

Uno apareció acuchillado hace exactamente siete días.

—¿Y el otro?

—El otro vive todavía. Pero a raíz de ese primer asesinato, la C.I.A., creyó oportuno destinar a uno de sus investigadores para que colaborase con el otro agente.

Ese hombre de la C.I.A., se llamaba Hughes. Lo encontraron muerto al día siguiente de llegar a la base. Le habían disparado por la espalda, aunque nadie escuchó ningún disparo.

—Existen silenciadores muy eficaces —comentó Johnny Rugolo entre dientes.

—Me gustaría hablar con el federal restante —monologó Carella, preocupado—. Si esos agentes están allí desde que se inició el proyecto, y no les ha sucedido nada ahora, no cabe duda que sólo han representado un peligro para alguien estos últimos días. ¿Se sabe qué anduvo haciendo al federal asesinado, antes de caer?

—Ni una palabra. Los dos habían tomado su misión como cosa de rutina debido a la tranquilidad que reinó siempre en las instalaciones. Hacían continuas rondas, inspeccionaban los puestos de vigilancia y todas esas cosas.

—Debió tropezar con algo inesperado —gruñó Carella—. Lo mismo que el investigador de la C.I.A. Bien, ¿qué esperan de nosotros exactamente?

—Necesitamos descubrir a los criminales y apartarlos del proyecto. Al mismo tiempo, es de capital importancia salvaguardar la seguridad del cohete hasta después de su lanzamiento. ¿Green poder cumplir ambos cometidos, señores?

La inquieta mirada del hombre de ciencia se paseó casi implorante por los rostros atentos de sus interlocutores. Pareció disgustarse ante la inexpresividad emocional de todos ellos.

—Lo intentaremos por le menos —repuso Carella—. Como comprenderán ustedes, no podemos garantizar un éxito completo de nuestra misión. Entramos en ella desconociendo prácticamente la gente que interviene en la empresa, ignorando por completo la filiación de todos y cada uno de los hombres con los que vamos a convivir...

—Damos esas dificultades por sabidas, Frankie —terció el Secretario de Justicia suavemente—. A pesar de ello, confiamos plenamente en su efectividad y la de sus compañeros. ¿Alguna

pregunta más?

—Seguro —gruñó Carella, todo convencido—. ¿Qué pueden decirnos de los expedientes de todo el personal empleado en la base? Supongo que el F.B.I., realizó una completa investigación en cada caso particular antes de autorizarles a ingresar en la plantilla. ¿Es así?

—Todos fueron investigados exhaustivamente —afirmó el profesor, añadiendo—: Hasta yo mismo. Creo que descubrieron incluso el número de mis zapatos. Y lo mismo puede decirse de todos los demás.

—No cabe duda que alguno de esos informes está equivocado... o incompleto. Hay que aceptar que en la base existe un enemigo, un peligro real que ya ha costado dos vidas. Sería preciso revisar todos los expedientes otra vez.

—Eso sería una tarea inacabable —resopló el secretario—. Ordenaré que sea llevada a cabo por el F.B.I., pero ustedes deberán trabajar directamente en contacto con la gente del proyecto. Y recuerde usted, Frankie, que tiene sólo cuatro días para triunfar. Al quinto, el super-cohete tiene que despegar.

—Eso hace la cosa mucho más complicada. Bien, tal vez los rusos hayan decidido hacer fracasar nuestro cohete para ganar tiempo y triunfar con el suyo. ¿Qué probabilidades hay de que alguno de los científicos que intervienen en los trabajos esté a sueldo de Rusia?

—Ni la más remota —sentenció el profesor de manera tajante.

—¿Opina usted que el enemigo se esconde entre el personal subalterno?

La pregunta de Carella sumió al hombre de ciencia en un mar de dudas.

—No puedo afirmarlo —murmuró—. Pero parece lo más lógico. Todos nosotros trabajamos para nuestro país desde hace muchos años... Sólo dos de los científicos podrían ser susceptibles de investigación, pero fueron hallados intachables por el F.B.I. Y en su trabajo han demostrado una dedicación plena y sincera.

—¿Quiénes son esos dos?

—El profesor Max Human, un matemático genial. Procede de Alemania. Es un fugitivo de la zona, de la cual escapó hace más de diez años.

—¿Dejó parientes en ella, con los cuales puedan ejercer presión? Es un sistema de chantaje que han empleado con éxito otras veces.

—No quedó nadie. Cuando huyó de los rusos acababa de perder a su esposa en un desgraciado accidente.

—Háblenos del otro.

—Leonard DeVoss. Un físico eminente. También ha demostrado una total entrega al proyecto. Vino de Europa hace seis o siete años. Se nacionalizó americano hace dos años. Es el único que ha expresado ciertas opiniones contrarias al uso militar de nuestro «Super-Star»... Aunque eso no le ha impedido trabajar como el primero en su realización.

—Ya veo... —Carella se volvió hacia el secretario—. ¿Cree que podrá facilitarme los expedientes de esos dos hombres, señor? Sería de gran ayuda para mí.

—Los tendrá mañana por la mañana, Frankie. Espero que por la tarde estén en camino de la base.

—Todavía no sabemos dónde está situada...

—Se les indicará en su momento.

—Otra cosa, señor; ¿cómo debemos presentarnos allí?

Hubo un corto silencio. Luego, el físico opinó:

—Si lo hacen como investigadores, quien sea que trata de mantenerse en secreto se pondrá en guardia. Además, es posible que haya roces con el F.B.I...

—¿Se le ocurre alguna solución?

—Yo creo que ante la inmediata puesta en órbita de nuestro ingenio, pueden presentarse como periodistas invitados, informadores de la absoluta confianza de la Administración para que puedan describir más adelante, cuando les sea autorizado, los preparativos del lanzamiento. ¿Qué opina usted?

El secretario asintió con un gesto. Carella hizo una mueca de duda, pero aceptó la sugerencia. Entonces, tras una corta vacilación, preguntó:

—¿Cuáles son nuestras atribuciones en este caso, señor?

El secretario le miró recto a los ojos. Habló con voz suave, pero de una firmeza de roca.

—No queremos publicidad en ningún caso. ¿Entiende? En ningún caso... Si descubren a los culpables, sean quienes sean... Bien, obrarán en consecuencia.

—Entiendo.

No dijo más. Tampoco hacía falta. Carella acababa de aceptar la responsabilidad máxima que puede conferirse a un ser humano. Descubrir a los enemigos de su país y eliminarlos en completo silencio, de manera anónima para que ni el temor ni el escándalo pudieran hacer mella en la gente de la calle.

Tras una tensa sonrisa, el Secretario de Justicia se dispuso a abandonar la habitación solo. Murmuró una frase de despedida y encaminóse a la puerta. Desde ella, antes de abrirla, murmuró:

—Buena suerte, Frankie... Espero no volver a saber de ustedes hasta que el satélite esté, girando sin novedad por encima del Cinturón Van Allen.

No esperó respuesta alguna. Abrió la puerta y salió.

Tras su marcha, el silencio se prolongó por espacio de un minuto. Después, el profesor carraspeó con cierta violencia.

—¿Precisan ustedes de alguna aclaración más? —preguntó.

—Creo que todo lo que necesitamos saber podremos preguntárselo cuando estemos en la base de lanzamiento, profesor.

Éste fue el siguiente en abandonar la habitación. Más tarde lo hicieron los demás y Carella se ocupó de cancelar la cuenta. Pensó que jamás una habitación de hotel había servido para decidir una cuestión de semejante naturaleza...

Para sentenciar a alguien a muerte exactamente.

CAPÍTULO II

EL «SUP ER-STAR»

Después de atravesar todo el país de norte a sur, con breves escalas para aprovisionar de combustible al pequeño avión de transporte, Frank Carella y sus dos compañeros abandonaron el aparato al final de una estrecha faja de terreno convertida en pista de aterrizaje, como una cuchillada abierta en el verde vientre de la vegetación selvática de Florida.

El piloto saltó también para desentumecer las piernas.

—Vaya un lugar idiota para aterrizar —masculló—. ¿Qué demonios hay aquí para que sea tan urgente traerles a ustedes?

Carella sonrió.

—Otra especie de avión —dijo con una sonrisa—. Puede regresar ahora mismo, antes que alguien le meta prisa.

—¿Quién? Esto está tan desierto como el infierno.

Pero se encaramó otra vez al avión y, minutos más tarde, éste emprendió el vuelo de regreso a su base ante la mirada de los tres hombres que quedaban en tierra.

Todavía seguía viéndose la oscura silueta del aparato en el cielo cuando un «jeep» surgió, al parecer de la densa vegetación, y se acercó a los recién llegados. Lo conducía un hombre con uniforme de sargento, adornado con un extraño emblema sobre el pecho.

—¿Frankie Carella? —preguntó el sargento.

—Yo soy Carella. ¿Necesitamos identificarnos ahora?

—Lo harán en el puesto de control de la entrada. Suban.

Cargados con sus pequeñas maletas, los tres se encaramaron, al

incómodo vehículo y éste emprendió la marcha, sumergiéndose en la selva por un camino apenas visible.

Oscurecía cuando apareció ante ellos una alta alambrada y un ancho portón, custodiado por otros hombres luciendo idéntico uniforme que el sargento. Éste detuvo el «*jeep*» y un teniente se acercó procedente de una casamata de cemento erigida al otro lado de la alambrada.

Tras examinar a los forasteros, el oficial sonrió.

—Sus documentos, por favor. Tengo instrucciones precisas de acompañarles hasta el edificio de la Administración... después de asegurarme de su identidad.

Carella fue el primero en mostrarle el permiso especial. Después lo hicieron Lin Burke y Johnny Rugolo.

Satisfecho, el oficial se encaramó a su vez al vehículo y éste rempndió la marcha, internándose en los terrenos de la base experimental.

Repentinamente, en la creciente oscuridad que les envolvía, surgieron una sucesión de brillantes luces, como luciérnagas gigantes encaramadas a la masa negra de la selva.

—Los talleres —anunció el oficial—. Supongo que podrán visitarlos ustedes en compañía de algunos de los científicos. Por mi parte, jamás he penetrado ahí.

—Lugar reservado, ¿eh?

—¿Reservado? —rió el teniente—. No sé exactamente qué demonios construyen ahí dentro, pero sea lo que sea es tan secreto como el medio de sacar el oro de Fort Knox. Lo que no comprendo es cómo se han decidido a admitir a los periodistas... Es la primera vez que eso sucede desde que se montó todo este tinglado.

El «*jeep*» se deslizó por una rampa de cemento hacia un edificio iluminado que había surgido inesperadamente delante de ellos. No tardó en detenerse frente a tanta puerta y el oficial saltó al suelo precediendo a los visitantes.

—Aquí nos separamos —dijo con una sonrisa—. Espero que se diviertan.

Los dejó sin más explicaciones. Carella esperó a que el coche se perdiera de vista antes de llamar a la puerta con los nudillos.

Un hombre joven y vigoroso les franqueó la entrada. Sus ojos estaban cubiertos por gruesas gafas ahumadas.

—Mi nombre es Gribble —dijo, estrechando la mano de los tres supuestos «periodistas»—. Pueden considerarme como una especie de mayordomo aquí... En mis horas libres trabajo como químico en el proyecto.

Siguieron al burlón individuo hasta una vasta sala en la que se encontraban el profesor Bloch y otro hombre de su edad, pero más alto y fuerte que él.

—Bienvenidos, señores —exclamó Bloch, representando su papel de anfitrión—. Permítame que les presente al profesor DeVoss, nuestro eminente físico. No me cabe duda que el profesor Gribble se ha presentado personalmente...

Después explicó a sus compañeros que los tres recién llegados eran periodistas designados por Washington para seguir de cerca los preparativos del lanzamiento, y asistir finalmente al vuelo del cohete.

—Naturalmente —añadió—, nada de todo esto será publicado sin la previa autorización de la Agencia Central, una vez conseguido el éxito que todos esperamos. ¿Desean ustedes descansar un poco, señores, o quieren iniciar inmediatamente su conocimiento de nuestro «Super-Star»?

Carella miró al profesor de DeVoss. No consiguió advertir ninguna expresión en su rostro pálido.

—Nos gustaría empezar con nuestro trabajo cuanto antes, profesor... No estamos cansados todavía.

—Perfecto. Yo mismo les serviré de guía. ¿Quiere acompañarnos, Leonard?

DeVoss dejó oír su voz por vez primera:

—No, Alfred; quiero comprobar algunos cálculos de última hora. Después me iré a descansar. He de madrugar mañana... Celebro haberles conocido, señores, a pesar de que no simpatizo particularmente con la Prensa. Buenas noches.

Se levantó, abandonando la sala. Desde la puerta, Gribble comentó con ironía:

—El eterno amargado... Me pregunto si habrá alguna cosa en la vida capaz de arrancar una sonrisa a DeVoss...

No obtuvo respuesta alguna, comprendió que los otros tampoco sentían particulares deseos de charlar y, tras despedirse apresuradamente, se marchó dejándoles solos.

—Bien, profesor —murmuró Carella—. ¿Por dónde empezamos?

—Opino que deben conocer ustedes el terreno en que deberán moverse. Les mostraré las instalaciones y el silo desde el cual el super-cohete emprenderá su vuelo. ¿Vamos?

Le siguieron al exterior. A la derecha del edificio quedaba la inmensa mole oscura de los talleres, en los que observaron que brillaban menos luces que a su llegada. Debía estar terminando la jornada de trabajo.

El suelo de toda aquella zona era de cemento, rugoso y sobre el cual los zapatos chirriaban de manera estridente. El físico comentó:

—Debí advertirles que era preferible el calzado con suela de goma o de *creppe*. Ese ruido resulta molesto a la larga.

Atravesaron la gran explanada. Alrededor de ella se alzaba la vegetación, oscura y amenazadora.

—La selva es nuestro enemigo principal —explicó el profesor con su voz un tanto monótona—. Pero al mismo tiempo nos asegura una relativa independencia. Además, hay una alta valla electrificada día y noche que rodea todo el campo. Nadie puede entrar o salir sin pasar por los portones controlados. O sin provocar una alarma general al tratar de forzar la alambrada eléctrica...

—Entiendo. ¿No han tenido dificultades con los habitantes de los pueblos próximos?

—En absoluto. El pueblo más cercano es Prichard. Luego está Pensacola, una ciudad que dista de aquí casi cien millas. En realidad, estamos instalados en una semi-península, junto a la isla de Santa Rosa. El lugar es realmente ideal.

—Me pregunto cómo han podido mantener secreto el verdadero fin de esta base. El cohete debe ser de unas proporciones gigantescas... lo que le hace visible desde grandes distancias...

—En absoluto. La mitad del artefacto está hundido en la tierra, en un poco de más de sesenta metros de profundidad. La otra mitad, si bien sobresale del suelo, está perfectamente disimulado por la vegetación y la cúpula movable que lo protege. Deténganse ahora.

Sorprendidos, lo hicieron con cierta expectación.

—¿Qué ocurre? —indagó Carella.

—Miren delante de ustedes. ¿Distinguen algo insólito, aparte de la selva?

No pudieron ver más que la negra masa de altísimos árboles,

como una barrera ciclópea puesta allí por manos de gigante.

—Nada en absoluto —reconoció Frankie.

—Pues ante ustedes, a menos de quinientos metros, está el cohete y todas sus instalaciones. Apenas se divisa durante el día...

—Pero deben haber luces... —aventuró Rugolo, perplejo.

—Efectivamente, se trabaja de noche también, pero sólo en las instalaciones subterráneas. Los trabajos en el exterior se realizan exclusivamente durante el día.

—Ya veo...

Siguieron el avance a través de la inmensa plaza, hasta que de repente se encontraron frente a una pared de cemento, oscura y siniestra como los altos muros de un penal.

—Ésta es la casamata dónde está instalada la maquinaria precisa para la construcción de las partes menos importantes del aparato —explicó el profesor, guiándoles a lo largo de la pared—. Es la única construcción cercana al foso de disparo y destinada a desintegrarse cuando el cohete sea lanzado. Después ya no hay otra construcción hasta la torre de observación, casi a un kilómetro de distancia y construida a prueba de seísmos. Esperamos que resistirá el terremoto que se origine con el disparo.

—No me gustaría estar en ella para comprobarlo —rezongó Lin Burke de mal talante. Se sentía oprimido dentro de aquellas instalaciones que no comprendía.

El científico dobló una esquina y casi al instante se encontraron frente a una puerta metálica, en cuya cerradura el profesor insertó una pequeña llave, explicando al mismo tiempo:

—Delante de esta puerta fue encontrado el agente del F.B.I., acuchillado.

Carella miró a su alrededor. No pudo ver nada, tan completa era la oscuridad.

Entraron. El hombre de ciencia cerró cuidadosamente.

Estaban en una estancia de reducidas proporciones, con percheros alrededor en los que colgaban distintas prendas de vestir.

—Los técnicos y operarios se cambian de ropas aquí. Síganme.

Atravesaron diferentes salas desiertas. Había una con un bar, otra equipada como sala de descanso y una tercera en la que, frente a un enorme mapa del mundo se alineaban distintas mesas y sillas.

—El salón de conferencias —siguió explicando el científico—. Es

el último lugar más o menos recreativo antes de entrar en el corazón del «Proyecto».

Entraron en él a través de otra puerta de acero. Con sólo abrirla, una luz cegadora saltó sobre los intrusos como un golpe. El profesor se detuvo para cerrar la puerta después de su paso. Sonrió, divertido por el estupor de los tres hombres.

—¿Qué les parece? —Indagó.

No obtuvo respuesta. Estaban demasiado ocupados tratando de adaptar sus ojos y su mente a la fantástica escena que tenían ante sí.

Un profundo pozo de más de sesenta metros se hundía a sus pies, al otro lado de la barandilla de aquella especie de mirador. Potentes luces convertían en brillante día la oscuridad.

Y, levantando la cabeza, el pozo parecía prolongarse hacia arriba, a una altura impresionante cerrada al final por una cúpula reluciente.

En el centro del gigantesco pozo se alzaba la mole inmensa del «Super-Star», resplandeciente, pulido y brillante con su piel de acero.

Carella, impresionado a su pesar, contempló con la boca abierta el arma más terrible y fabulosa jamás imaginada por la mente humana.

Vio los brazos de las grúas que surgían de la pared para posarse suavemente sobre las paredes del cohete. Varias escotillas estaban abiertas como oscuras heridas en el vientre del proyectil. Hombres cubiertos con finos monos de delgada lana entraban y salían de las entrañas del artefacto como diminutas hormigas.

Suspendidos en el vacío, los visitantes se extasiaron con la visión de tan inmenso ingenio. Las paredes del pozo circular eran de metal oscuro. En las profundidades, las aletas del cohete brillaban reflejando las luces, y por debajo de ellas una gruesa reja parecía cerrar el paso a otro pozo más profundo todavía.

Carella señaló hacia allí con dedos poco seguros.

—¿Qué significa esa reja, profesor? Parece como si el pozo se prolongase más abajo.

—Y así es en realidad. Por debajo de la reja, el agujero, cada vez más ancho, se prolonga por más de quinientos metros. Cuando decidimos construir aquí el pozo de disparo, aprovechamos una gigantesca gruta natural existente desde tiempos remotísimos. Todo

lo que tuvimos que hacer fue pulir sus paredes en toda su profundidad...

—Comprendo...

—Al final de ese abismo corre un caudaloso río subterráneo, que desemboca a casi cuarenta millas de aquí, bajo el mar. Tiene una corriente sumamente rápida, lo que será de gran ayuda para el momento del disparo, ya que las llamas y los gases del estallido tendrán un espacioso conducto de escape. ¿Entiende usted?

—Creo que sí... Será algo así como el tubo de escape de un auto, ¿no le parece?

—Exactamente —rió el científico—, incluso con su dispositivo silenciador gracias a la rápida corriente y la extensión de su curso.

—Es una maravilla —musitó Johnny Rugolo, deslizando la mirada por el gigante de acero.

El hombre de ciencia señaló hacia la cúspide del proyectil.

—En la punta —explicó con entusiasmo—, va alojado el satélite que entrará en órbita poco antes del estallido atómico. Está abarrotado de instrumentos de control; un emisor de frecuencia, telémetros y todo cuanto es preciso para que podamos recibir sus señales desde el puesto de escucha. ¿Ve usted esa puerta, al final del puente de la grúa?

—¿Qué hay ahí? —indagó Carella, estupefacto por cuanto estaba viendo.

—La instalación de giroscopios. Ellos controlarán el rumbo de la nave una vez en vuelo, asegurando así su dirección... Precisamente ahora están terminando de instalarlos. Mañana serán probados y, poco antes del disparo, yo mismo los colocaré en posición.

Los tres contemplaron al hombre que apareció en la abertura. Lo vieron erguirse sobre el brazo de la grúa y avanzar por él alejándose del cohete. Poco después desapareció de su vista, bajo sus pies.

—Podemos decir que ahí dentro está el cerebro del «Super-Star» —añadió el profesor vivamente—. Esos instrumentos guiarán el vuelo con la misma seguridad que un piloto experto conduciría un avión de pasajeros.

—Asombroso. Se me ocurre una pregunta, profesor...

—Hágala usted, señor Carella.

—Puede llamarme Frank y ahorraremos formalidades. Bien, lo que me preocupa es más bien de cara al futuro. Usted nos dijo que

ese artefacto transportará simultáneamente un satélite y una carga nuclear, de manera que en su vuelo realizará dos tareas diferentes...

—Exactamente.

—Okey. ¿Qué utilidad práctica tendrá militarmente esa duplicidad de cometido? Porque no le veo ventaja alguna al hecho de que en caso de guerra carguen el cohete con dos bombas...

—Ésa es la idea —sonrió el físico.

Carella parpadeó.

—No comprendo.

—Llevará dos bombas de potencia máxima... y las disparará sobre dos puntos distintos del país enemigo que se trate de bombardear... de manera que cada vuelo de un cohete será como si se hubiesen disparado dos. Y su efectividad es matemática. Una vez ajustados los giroscopios es materialmente imposible que falle el blanco. No hay fuerza conocida capaz de desviarlo de su ruta... ni siquiera los cohetes interceptores al uso. El «Super-Star», en sus vuelos militares, llevará unos dispositivos secretos que anularán la intercepción enemiga.

—Sólo con imaginar un arma así me entran escalofríos —gruñó Johnny entre dientes.

—¿Quieren bajar para ver los trabajos de cerca?

Carella levantó la mirada y se extasió contemplando la distante y gigantesca nariz del proyectil.

—No, gracias, profesor. Para un solo día ya es suficiente.

Alfred Bloch sonrió.

—Entonces creo que podemos retirarnos a descansar... Espero que después de ver nuestra obra comprendan la importancia de lo que esperamos de ustedes.

—Es una responsabilidad que me asusta un poco —confesó Carella, siguiendo al profesor por el camino de regreso.

No volvieron a hablar hasta encontrarse al aire libre, en la explanada de cemento.

Allí; Lin Burke musitó:

—Dando por sentado que haya un plan de sabotaje para hacer fracasar el vuelo del cohete, profesor, ¿de qué medios pueden valerse para lograrlo?

—Hay muchos sistemas para hacer fracasar el experimento... Introducir un poco de grasa en las bombas del combustible, o un

simple clavo dejado caer en los mecanismos del motor...

—Eso corresponde a sus técnicos vigilarlo —refunfuñó Carella, preocupado—. Nuestro trabajo se limita a descubrir al posible saboteador y en eso centraremos nuestros esfuerzos. ¿Quién nos indicará el alojamiento que nos han destinado?

—Yo mismo les acompañaré... Y ahora que recuerdo, ¿han revisado ustedes los informes de los profesores DeVoss y Hauman?

—Efectivamente. Y debo decirle que ambos son plenamente satisfactorios.

El físico se encogió de hombros.

—Yo estaba ya convencido de eso. El enemigo sólo puede encontrarse entre el personal subalterno...

Poco más hablaron ya antes de separarse, después que los tres visitantes fueron dejados ante sus habitaciones.

Al quedar solos, Johnny Rugolo gruñó:

—Te confieso que estoy estupefacto, Frankie. Jamás pude imaginar nada semejante.

—Tampoco yo. Pero debemos apartar de nosotros la impresión causada por lo que acabamos de ver. Toda nuestra atención ha de centrarse en hallar al bastardo que asesinó a los dos agentes... y acabar con él tan silenciosamente como sea posible.

Los otros asintieron. Ninguno de ellos podía suponer que el silencio que ansiaban para su «trabajo» no iba a ser posible... ni dentro ni fuera de la base, porque incluso a muchas millas de distancia el ruido sería escuchado por casi todo el mundo.

CAPÍTULO III

CAROL SOWDEN

Después de desayunar, Carella se aisló del resto del personal que casi llenaba el comedor general, y cuyas miradas cargadas de curiosidad se habían centrado todo el tiempo en los tres forasteros. Mientras encendía el primer cigarrillo del día, dispuso:

—Tú vas a encargarte de la labor de rastreo, Lin. Recorrerás las instalaciones, dependencias, oficinas... todo lo que sea factible de contener información. Habla con todo el mundo, formula preguntas inocentes relativas a la vida que llevan aquí y trata de ganarte la confianza de un par de empleados de poca categoría. ¿Comprendes?

—No es difícil. ¿Qué hago con los «candidatos» cuando me haya ganado su confianza?

—Interrógalos más a fondo. Muéstrate interesado en la vida interior de la base, en los técnicos y sus vidas, en sus rencillas, envidias... Cualquier cosa que te digan puede ser importante. La gente siempre está dispuesta a chismorrear de sus superiores.

—Perfecto. Cuenta con ello.

Johnny Rugolo rezongó:

—¿Qué hago yo mientras ese pájaro se divierte?

—Todo lo que quiero que hagas es que deambules por el interior de los edificios. Ya sé que es una tarea ingrata y con todas las probabilidades de que resulte inútil, pero intenta captar cualquier actitud sospechosa entre el personal, tanto profesores, técnicos, como subalternos. Y no olvides que eres un simple periodista. Es posible también que tengamos dificultades con el hombre del F.B.I. Comprendo que desde su punto de vista le resultemos sospechosos. ¿Alguna duda?

—En absoluto.

Los dos abandonaron el lugar charlando animadamente. Carella volvió a su mesa y acabó de fumar su cigarrillo observando con curiosidad a los hombres que iban abandonando el comedor, y a los que entraban para desayunar en el segundo turno.

Estaba pensando en la manera de localizar al profesor Bloch, cuando quedóse inmóvil, mirando estupefacto a la mujer que acababa de entrar acompañada por el químico que les recibiera a su llegada, el hombre llamado Gribble.

Aquella visión resultó un auténtico impacto para Carella, puesto que no había podido sospechar que en la base hubiera también mujeres, y menos como aquélla.

Era alta, de curvas firmes y marcadas, adorable dentro de la sencillez de su atuendo. Vestía una blusa blanca que en vano trataba de disimular la rotunda pujanza de su busto, y una falda azul oscuro muy ceñida y sujeta a la cintura por un ancho cinturón de suave piel. Unas piernas largas y deliciosas terminaban en unos finos tobillos de bailarina. Toda ella encerraba una gracia alada y cautivadora que tenía el poder suficiente para atraer todas las miradas con la fuerza de un imán.

Y tenía un rostro maravilloso, de labios carnosos y rojos, ojos de un verde cargado de misterio y pómulos salientes, y una cascada de oro viejo parecía desplomarse sobre sus hombros, lisa y cargada de reflejos...

Carella parpadeó para asegurarse de que estaba viendo realmente una mujer y no un espejismo. Pero si alguna duda podía haberle cabido, le bastó con ver la expresión de arrobado ensueño del químico que la acompañaba para saber que sí era auténtica, a pesar de su exquisita belleza.

Entonces se levantó y anduvo perezosamente al encuentro de la pareja. Gribble pareció despertar de golpe al verle. Parpadeó y miró fugazmente a su acompañante.

—Carol —dijo a regañadientes—; debes conocer a uno de nuestros huéspedes... ¿Cómo dijo que se llamaba, amigo?

—Carella, Frank Carella.

—Oh, sí. Carella, desde luego. Bueno, ésta es Carol. ¿Ha visto usted alguna vez un técnico con ésa carrocería, y esa cara de diosa y...?

—Ya basta, Arthur —le atajó ella, riendo—. No necesitas

hacerme la propaganda.

—Efectivamente —dijo Carella—, tengo ojos en la cara. ¿Ha dicho usted un técnico, Gribble?

—Técnico en electrónica, ni más ni menos. Un cerebro privilegiado en una cabeza demasiado bonita para...

Se interrumpió cuando ella le lanzó una mirada acusadora. Ambos se echaron a reír y Carella forzó una sonrisa atónita.

—Realmente —murmuró—, debe resultar agradable trabajar en su compañía...

—Dígamelo a mí —rió Gribble—. ¿Ha desayunado ya?

—Acabo de hacerlo.

—¿Podemos invitarle a una taza de café? Debemos esforzarnos por serle simpáticos, ¿eh, Carella?

—¿Por qué?

—Para que hable de nuestra ciencia en sus artículos, naturalmente.

—Ya veo... Bien, acepto su café, si la señorita no tiene inconveniente.

—En absoluto —repuso Carol—. Usted representa una novedad aquí. Hace meses que una tiene que conformarse con tratar a los mismos hombres... Acaba por resultar monótono.

—Gracias, cariño —se quejó Gribble, acercándole una silla.

Esperaron a tener ellos el desayuno y Frank su café. Entonces, la muchacha comentó:

—Me gustaría saber cómo los jefazos han autorizado la entrada de la Prensa en la base... ¿Qué clase de argumento han esgrimido ustedes?

—Ninguno en absoluto —protestó Carella—. Únicamente hemos tenido que aceptar ciertas condiciones coercitivas para la publicación de los artículos... lo demás ha sido fácil.

—Comprendo... Afortunadamente, han llegado ustedes cuando ya ha pasado la excitación por los sucesos de la otra semana.

—¿Se refiere a los asesinatos?

—¿También sabe usted eso? —Asomórose Gribble—. Es sorprendente...

—Nos informaron de eso, pero bajo nuestra palabra de honor de que no lo publicaríamos hasta ser autorizados a ello. Y ya que hablamos de los dos asesinatos, ¿qué opinan ustedes al respecto?

Gribble se encogió de hombros.

—Por mi parte, no me he formado ninguna opinión. Quizá es cierto que hay un saboteador al acecho para arruinar el proyecto, pero me parece algo tan remoto y fantástico que...

—La muerte de los dos agentes no tiene nada de fantástico —le recordó Carella con cierta acritud.

—Eso es cierto —intervino Carol suavemente—. El hecho de que dos agentes encargados de la seguridad de la base fueran asesinados ya demuestra que habían descubierto a un enemigo aquí dentro.

—Eso mismo opino yo —asintió Carella, siguiendo con su papel de periodista en busca de datos—. ¿No se sabe con quién habían estado hablando inmediatamente antes de caer asesinados?

—Nadie los vio, ni nadie parece haberse entrevistado con ellos inmediatamente antes de su muerte...

—Ya imagino que quien sea que estuviera en su compañía entonces no lo reconocerá ahora —rezongó Frank Carella, sin poder apartar la mirada del exquisito rostro de la muchacha.

El resto del desayuno transcurrió en silencio. De vez en cuando, Carol levantaba la cabeza y sus ojos tropezaban con los grises y fríos del hombre.

Repentinamente, una voz metálica surgió de un altavoz situado en un rincón.

—«Atención, profesor Gribble, atención. Preséntese cuanto antes en el laboratorio».

Gribble sacudió la cabeza.

—No le dejan respirar a uno. Afortunadamente, ya quedan pocos días... Lamento tener que dejarles.

Se alejó apresuradamente. Al quedar solos, Carella indagó:

—¿Conoció usted a los dos agentes que fueron asesinados?

—Conocí a Besley, el federal que estuvo aquí desde aquí desde que se inició la construcción de esta base. Al otro no llegué a verlo siquiera, ya que murió apenas llegar.

—Eso es sorprendente. ¿Cómo pudo descubrir algo tan peligroso inmediatamente de su llegada?

—Nadie lo sabe, pero todos opinamos que debió tener la desgracia de tropezar con el culpable por casualidad y por eso murió.

—¿Dónde fue encontrado?

—Cerca del pabellón del personal subalterno, de tras de unos matorrales.

Carella hizo un rápido cálculo mental, pero no logró formarse un cuadro de los acontecimientos.

Repentinamente preguntó:

—¿Tiene usted trabajo ahora, Carol?

—No inmediatamente, pero he de presentarme en los talleres para revisar los gráficos de los giroscopios y demás instrumentos... ¿Por qué lo pregunta?

—Tal vez quiera usted acompañarme hasta el lugar donde se encontró el cadáver del segundo agente. Ya sé dónde fue hallado el primero, y sólo me falta hacer una composición de lugar para tener una idea más exacta de los sucesos...

—Parece usted más interesado en los crímenes que, en el proyecto en sí...

El esbozó una sonrisa.

—Recuerde que soy reportero. Eso debería explicarle mi interés por los detalles más truculentos de este asunto. Con ellos podré salpicar mis artículos con unos brochazos de misterio. Eso encanta a los lectores.

—Sí, supongo que así es. Bueno, le mostraré el lugar, pero no espere que pueda describirle los acontecimientos inmediatos al descubrimiento del cadáver porque no llegué a verlo. Sólo me enteré de lo sucedido horas más tarde, cuando terminé mi turno de trabajo en las instalaciones del silo de lanzamiento.

Abandonaron el comedor y anduvieron sin prisa bordeando la gran explanada. A la luz del día, los gruesos muros de cemento no tenían un aspecto tan tétrico como durante la noche, pero incluso así resultaban muy poco hospitalarios. Carella miró los distantes edificios y preguntó:

—¿Cómo puede gustarle a usted vivir aquí? Este lugar produce escalofríos con sólo verlo.

—Tonterías. Es un sitio como otro cualquiera para trabajar. Y una gran oportunidad para desarrollar las teorías creadoras de cualquiera que lleve algo dentro...

—¿Lo lleva usted?

—Sin duda. Algunas de mis teorías han sido aplicadas en el sistema de dirección del cohete.

—Ya veo. ¿Qué hará usted cuando ese artefacto haya sido lanzado al espacio? Presumo que esta base dejará de tener utilidad práctica entonces, puesto que si el experimento resulta un éxito será el ejército quién se encargue de la fabricación de ese tipo de cohetes.

—Seguirán habiendo oportunidades para mí, tanto en un caso como en otro. O quizá me tome unas vacaciones...

—¿Y si al experimento fracasa?

Ella le miró de soslayo.

—Empezaremos de nuevo —murmuró con voz tensa.

Carella se admiró de semejante espíritu de lucha en una mujer tan hermosa, tan aparentemente frágil dentro de su exquisita belleza.

No obstante, antes que pudiera formular otro comentario, ella señaló un lugar determinado y anunció:

—Ése es el sitio donde encontraron al pobre agente...

Frank vio un espeso matorral, más allá del cemento. A la derecha se alzaba una construcción alargada, de ventanas uniformes y líneas rectas. A la izquierda del matorral, a poca distancia, otro edificio de menores proporciones, mostraba un muro sin ventanas y una chimenea humeante.

—¿Qué es ese edificio? —indagó, señalándolo.

—La lavandería. Debe tener en cuenta que aquí se ha formado una pequeña comunidad, con las necesidades pertinentes, entre ellas el lavado de las ropas, y su correspondiente planchado. Y no hay amas de casa para realizar ese trabajo.

—Comprendo. ¿Quién es el encargado de la lavandería?

—Un hombre llamado Hang Ti.

—¿Un chino nada menos?

—Justamente. Parece ser que ellos detentan la exclusiva de todas las lavanderías del país —rió la muchacha, deteniéndose cerca de los matorrales indicados.

Calculó la distancia que separaba el lugar de los dos edificios más próximos. Poco más o menos, la separación era la misma.

Pasó un grupo de hombres que les miró con no disimulado interés. Algunos esbozaron un saludo dirigido a la muchacha. Carella los siguió con la mirada.

—Subalternos supongo —comentó.

—En efecto. Montadores y operarios de los talleres.

Mientras seguía allí, reflexionando a toda presión, vio a Lin Burke que salía del edificio de lavandería guardándose una libreta de notas. Fingió no haberlo visto y volviéndose de cara a la muchacha, propuso:

Johnny opinó:

—No quiero entretenerla más... Pero me gustaría acompañarla para ver el lugar en que trabaja si no tiene inconveniente.

—En absoluto. Al parecer tiene usted grandes facilidades aquí, ¿no es cierto?

—Muy amplias, en efecto.

Por el rabillo del ojo vio a Burke encaminarse al pabellón del personal subalterno. Pensó que les quedaban menos de cuatro días para resolver la intrincada papeleta. Suspiró y siguió a la joven a través de la explanada de cemento.

CAPÍTULO IV

DIFICULTADES

Había sido un día rutinario y sin que ninguno de los tres obtuviera resultado alguno. Después de cambiar impresiones, Carella encendió un cigarrillo y miró a sus dos compañeros con el ceño fruncido.

—Así no vamos a ninguna parte —gruñó—. ¿Qué os parecen las medidas de seguridad del recinto?

Johnny opinó:

—Son efectivas cien por cien contra cualquier extraño que venga del exterior. Pero creo que interiormente resultan ineficaces, Frank.

—Lo mismo creo yo —dijo Lin Burke, paseándose de un lado a otro de la habitación, con sus acostumbrados movimientos nerviosos.

—Actualmente —añadió Johnny—, únicamente hay un agente del F.B.I., encargado de la seguridad. Sólo lo he visto una vez, esta tarde. Me ha hecho algunas preguntas y sospecho que no hemos simpatizado. Pero poco puede hacer un hombre sólo con tanta gente como tiene alrededor...

—Estamos de acuerdo —rezongó Carella—. He visto que has visitado la lavandería, Lin... ¿Qué hay del chino?

—¿Hang Ti? Bueno... es un chino como todos. Inescrutable, pacífico y trabajador. No cabe duda que fue investigado a su tiempo, lo mismo que todos los demás.

—¿Le has sacado algo que pueda parecer interesante?

—Nada en absoluto. El hombre sólo se ocupa de su obligación. Vive en el mismo edificio de su establecimiento. No sale nunca, no se preocupa de nada ni, al parecer, conoce la naturaleza del trabajo que se está llevando a cabo a su alrededor. Todo lo que parece

saber es que están construyendo un cohete.

Johnny carraspeó.

—¿Te interesa particularmente el chino, Frank? —indagó.

—No. Sólo que la lavandería está cerca del lugar donde fue encontrado asesinado el agente de la C.I.A.

—Igualmente lo está el edificio de los trabajadores subalternos.

—Ya lo sé. Sólo estoy elaborando conjeturas sin ninguna base. Únicamente tenemos un hecho entre manos, y resulta desconcertante...

—¿A qué te refieres?

—A la distancia que separa los puntos donde fueron hallados los dos cuerpos. Si los dos descubrieron lo mismo, ¿por qué uno cayó delante de la puerta que nos señaló Bloch, y el otro a medio kilómetro de distancia? A menos que fuera transportado allí después de muerto, cosa improbable con la cantidad de gente que se mueve por todo el espacio de la base...

—Cualquiera encuentra la respuesta a esa pregunta, Frank... Me gustaría tener los informes de cada uno de los empleados, para consultarlos uno a uno y resolver las dudas sobre la marcha con el interesado.

—Eso sería una gran cosa, pero no tenemos tiempo de obrar de esa manera. Es forzoso que provoquemos los acontecimientos o se nos extinguirá el tiempo de que disponemos, dándole oportunidad al saboteador o saboteadores, si es que son varios, para atentar contra el cohete.

—¿Qué propones para forzar las cosas?

Frank se encogió de hombros.

—Ahí está lo malo, que no se me ocurre nada. Si por lo menos ellos tomasen la iniciativa...

Johnny soltó un gruñido y Lin se detuvo en sus paseos. Entre dientes masculló:

—Pienso que ya empezaron a actuar cuando despacharon a los dos agentes, Frank. No me gustaría nada que la cosa se repitiera con cualquiera de nosotros.

Carella sonrió.

—¿Tienes miedo, Lin?

—¡Demonios, claro que tengo miedo! No me gustaría que me rebanasen el pescuezo, ¿entiendes? No tengo otro, de manera que

debo conservarlo.

Frank le miró con una burlona mueca en sus firmes labios.

—Todos apreciamos nuestro propio cuello, muchacho. Bien, antes de acostarnos opino que deberíamos dar una vuelta, sólo para comprobar hasta dónde llega la efectividad de la vigilancia...

—Eso me parece acertado —repuso Johnny—. A pesar de que los dos muchachos fueron despachados durante la noche...

Volvieron a salir, separándose una vez fuera del edificio. La noche era oscura, sin luna. Sólo el brillante resplandor de las estrellas en el cielo tropical salpicaba la negrura infinita del firmamento.

Frankie Carella anduvo bordeando la explanada en dirección a dónde estaba situado el silo de lanzamiento. No brillaba ni una sola luz en los edificios cercanos al mismo, pero al acercarse distinguió la oscura masa de los muros de cemento. Siguió adelante, bordeando la inexpugnable pared, hasta detenerse frente a la puerta de acero por dónde habían entrado en su primera visita al lugar.

Se dijo que ante aquella puerta fue acuchillado el agente federal. Se estremeció y miró a su alrededor taladrando la oscuridad con insistencia, pero sin advertir movimiento alguno.

Notó entonces cuán completo era el silencio que le envolvía. Sólo en la cercana selva se elevaban extraños murmullos indescifrables. Pero ningún sonido de actividad humana llegó a sus oídos, a pesar de saber que casi bajo sus plantas los técnicos estaban trabajando en la puesta a punto del gigantesco cohete que dentro de escasos días surcaría el espacio para cumplir una misión de capital importancia cara al futuro.

Si lograba salir de su base, naturalmente. Si realmente existía un saboteador todos los esfuerzos de aquellos hombres, todos los miles de millones gastados en la «Operación Van Allen», se esfumarían estrepitosamente.

—No quiso pensar en tamaño desastre. Comprobó que aquella puerta estaba bien cerrada con llave y retrocedió por el mismo camino. No encontró a nadie en todo el recorrido. Se preguntó dónde estaría el federal.

Hasta cierto punto, le habría gustado hablar francamente con él para saber qué sospechaba, qué ideas tenía sobre la muerte de su compañero...

Pero debía seguir representando el papel de periodista. Una tarea ingrata para hombres acostumbrados a la acción violenta, al riesgo continuo... a la muerte en todas sus formas.

Cuando finalmente se metió en la cama aquella noche se sentía íntimamente disgustado. Se dedicó a pensar en la manera de forzar al enemigo a actuar de la manera que fuese y no se durmió hasta que creyó haberla encontrado.

Pero no tardó en olvidar esos proyectos, cuando el timbre del teléfono de comunicación interior le despertó con un sobresalto.

Descolgándolo de un manotazo, gruñó con voz soñolienta a través del aparato.

Tras un silencio, una voz extrañamente metálica murmuró en su oído:

—Si quieren una noticia sensacional yo puedo dársela, señor Carella.

—¿Quién habla?

—¿Qué importa eso? Ha sido colocada una bomba en el silo. El cohete será destruido esta noche. Espero que lo publiquen ustedes con todos los detalles.

El sueño huyó de él como un jirón de niebla barrido por un huracán.

—¿Dónde ha sido colocada una bomba? —gritó—. Sea más explícito... ¿Quién habla?

Un seco chasquido fue todo lo que obtuvo como respuesta.

De un brinco estuvo fuera de la cama, y se vistió a tal velocidad que todavía vibraban en sus oídos las fatales palabras del desconocido cuando ya atravesaba el pasillo, irrumpiendo en la habitación de Johnny.

De un tirón lo arrancó de la cama.

—¡Vístete! —le ordenó, saliendo otra vez para realizar la misma operación con Lin Burke.

Tras eso, entró un instante en su dormitorio, levantó la almohada y extrajo de allí su poderosa «Magnum 389», que sujetó en el cinturón.

Cuando de nuevo echó a correr por el pasillo, sus dos compañeros estaban ya detrás de sus talones, estupefactos, pero dispuestos a enfrentarse con lo que fuera.

En el vestíbulo había un timbre de llamada. Carella clavó el

dedo en él y no lo apartó hasta que un adormilado asistente apareció abrochándose la guerrera.

—¡La habitación del profesor Bloch! —exclamó Carella—. Condúzcanos a ella inmediatamente.

—En el primer piso, pero quizá esté trabajando. No lo he visto esta noche.

—Vayamos a verlo. Rápido.

Subieron las escaleras a saltos. Su urgente llamada al dormitorio del profesor obtuvo una respuesta casi inmediata. Carella no esperó más y abrió la puerta de un empujón, despidiendo secamente al asistente.

El físico estaba sentado a la mesa escritorio, con un montón de papeles ante él, tomando notas en una libreta y realizando complicados cálculos.

Hay una bomba en algún lugar del silo —le espetó Carella sin rodeos—. Según mi comunicante estallará esta noche, de manera que no podemos perder tiempo. Hay que encontrarla.

—¿Una bomba? —Estupefacto, el hombre de ciencia se levantó poco a poco, aturdido—. ¿Cómo diablos puede usted afirmar tan rotundamente una cosa tan absurda?

—No hay tiempo para explicaciones. Venga usted con nosotros para franquearnos el paso e indicarnos los puntos más vulnerables del silo de disparo... Quien sea que ha colocado el explosivo es alguien que está trabajando aquí, de manera que debe conocer el lugar en el cual puede causar más daño.

—No puedo creerlo...

Pero abandonó sus cálculos y salió a toda prisa, seguido por los tres hombres, tan excitados como él mismo.

La actividad en el silo y en cohete se desarrollaba con perfecta normalidad, según pudieron comprobar al asomarse a aquella especie de mirador que ya conocían. Al fondo del inmenso tubo se agrupaban algunos hombres terminando el montaje del cono de salida de gases, sus voces no llegaban hasta aquella altura, pero todos ellos parecían perfectamente tranquilos en sus tareas.

—Sígueme —balbuceó el profesor—. Si han decidido destruir nuestra obra, el mejor lugar para lograrlo es la cámara de instrumentos de disparo, ahí abajo, en la base. Una bomba en ese punto destrozaría la parte más delicada de la instalación, aparte de

derribar el cohete contra las paredes del silo...

Se pusieron en movimiento, descendiendo por unas escaleras estrechas y peligrosas adosadas a la pulida pared de acero que cubría la roca del gran pozo.

Los técnicos ocupados en la base del proyectil les miraron con extrañeza cuando les vieron irrumpir allá abajo, y precipitarse por una abertura excavada en la roca viva.

Carella y sus hombres vieron una estancia reducida, totalmente ocupada por complicadas mesas de control, aparatos jamás vistos y multitud de dispositivos electrónicos. Nerviosamente, el hombre de ciencia explicó:

—Esto es lo que pondrá en marcha el cohete... antes de ser destruido por el escape de llamas de éste. Si la bomba estalla aquí...

Iniciaron una búsqueda metódica y exhaustiva, levantando las planchas que cerraba las entrañas de las mesas de control y los aparatos.

No pudieron hallar nada extraño por ninguna parte.

Descorazonado, el físico gimió:

—¡Dios santo! Van a destruirlo todo... La obra de nuestra vida... Todos nuestros sueños...

—Cálmese —rezongó Carella—. Perdiendo la serenidad no vamos a llegar a ninguna parte. Debe haber otros lugares igualmente vulnerables y capaces de destruir el cohete, o por lo menos de dañarlo seriamente...

—Si esa bomba ha sido colocada dentro del Super-Star nunca la encontraremos... por lo menos, a tiempo de neutralizarla...

—Demos por descontado que está fuera del ingenio... Piense usted dónde la colocaría si deseara causar el mayor daño posible al aparato.

—En el brazo de una grúa —murmuró Bloch, horrorizado—. Al explotar, la misma grúa se encargaría de derribar el cohete contra las paredes, al mismo tiempo que abriría un boquete en su estructura...

—Vayamos a verlo.

Al levantar la mirada hacia arriba, distinguieron tres de los brazos metálicos de las grúas apoyados contra el cohete, junto a otras tantas escotillas de este abiertas. En el extremo de los brazos retráctiles, un grueso y compacto núcleo esponjoso protegía la

brillante superficie del proyectil.

Se encaramaron desesperadamente por la escalerilla. Había un operario en la primera grúa. Carella lo apartó a un lado, dejando que fuera el profesor quien inspeccionase toda la longitud del puente metálico.

—Tampoco hay nada —gimió entre dientes.

—Veamos la otra.

La segunda grúa era la que comunicaba con la cámara ocupada por los giroscopios. En aquellos momentos no había ningún técnico manipulando allí. El profesor se lanzó a través del estrecho pasillo formado por el brazo de la grúa, se agachó al llegar al extremo y empezó una minuciosa inspección.

Primero dio un vistazo al interior del cohete. Una expresión de desaliento asomó a su rostro al ver la intrincada maraña de las entrañas del hermoso monstruo metálico. Tras esto, fue retrocediendo de rodillas mientras escrutaba el puente pulgada a pulgada.

Y repentinamente dejó escapar un grito.

—¡Aquí, aquí está!

Señalaba un largo cilindro negro, adosado con bandas de cinta adhesiva bajo un borde metálico de la pasarela.

—¡Cállese! —le espetó Carella, avanzando a su encuentro—. No hay ninguna necesidad de alarmar a todos los demás.

Inclinándose, examinó la bomba. Tenía la apariencia de un tubo de metal sin saliente alguno.

—Un buen artefacto —gruñó—. De relojería, y seguramente con una carga lo bastante potente para partir en dos el cohete... ¡Lin!

Burke se le reunió apresuradamente.

—¿Podrás quitarlo, Frank? —quiso saber, agachándose.

—No habrá dificultad, si tú lo sostienes entre tanto.

Pusieron manos a la obra con todos los nervios tensos. El profesor estaba mordiéndose las uñas asaltado por todos los temores del infierno.

Cuando lograron soltar el explosivo y abandonaron la grúa, Johnny se les unió, muy pálido.

—¿Qué vas hacer con eso, Frank? —Quiso averiguar, saltando los peldaños de la escalera en persecución de los demás.

—Lanzarla a la espesura. Aunque estalle allí no hará ningún

daño. Es de un tipo condenadamente malo... imposible de desarmar una vez puesto en marcha el dispositivo de explosión...

—¿Y si estalla en las manos, qué?

—Bueno, tengo la esperanza de que yo no pueda enterarme...

Como si quisieran estar junto a él en caso de explosión, los dos se colocaron a sus costados cuando salió a la explanada, de manera que corrieron unidos en un pequeño grupo que dejó muy atrás al profesor Bloch, secándose el sudor de su frente amarillenta.

Aquellos minutos se les antojaron siglos. Les pareció que la selva estaba más lejana que nunca y la valla de alambre electrificada tan distante como una meta inalcanzable. El artefacto podía estar dispuesto para estallar en cualquier momento...

Finalmente, Carella se detuvo a dos pasos de la alambrada, volteó el brazo y el oscuro cilindro voló hasta perderse entre la espesa vegetación.

Burke suspiró ruidosamente.

—Sospecho que tendré que visitar a un especialista cardiólogo después de esta noche... ¡Cielos, qué cerca hemos estado de volar convertidos en confeti...!

Empezaba a retroceder cuando el profesor les alcanzó.

—¿Se han desprendido de ella? —jadeó.

—Por supuesto. Cuando estalle solamente destruirá algunos de esos árboles gigantes, pero no hará ningún daño. Sólo la gente de la base tendrá otro motivo de qué preocuparse... porque no podremos ocultarles la verdad. Nos han visto retirar ese trasto y han observado nuestras prisas para abandonar el silo...

Se calló. Mejor dicho, fue interrumpido por un terrible estallido allí donde habían arrojado la bomba. Vieron elevarse un resplandor anaranjado y luego el chisporroteo de los fragmentos al caer entre la arboleda.

Carella templó ante la idea de que semejante explosión hubiera tenido lugar en el cohete...

CAPÍTULO V

CONJETURAS

El agente federal se llamaba Dance. Era un hombre de unos treinta años, más bien delgado y nervudo con unos ojos inquietos y escrutadores que saltaban de uno a otro de los reunidos en el comedor.

Finalmente, se encaró una vez más con Frank Carella acusadoramente.

—Me parece sumamente extraño —dijo entre dientes—, que haya recibido usted esa llamada tan oportuna.

Carella se encogió de hombros.

—He contado la verdad sin guardarme ningún dato. Puede tomarla o dejarla, pero no espere de mí más aclaraciones. No sé una palabra más de las que he pronunciado.

—Hay algo más que puede ser importante —insistió el federal sin inmutarse—. Juzgando por esa voz que usted ha oído, ¿cree que el hombre le ha informado de la colocación de la bomba con el fin de evitar el desastre?

—No me parece que ésa fuera su intención. Parecía muy satisfecho de sí mismo. Más bien daba la impresión de que la destrucción del cohete era algo que le llenaba de orgullo.

—Ya veo... Temo que no se da cuenta de la contradicción de sus manifestaciones, señor Carella.

—¿Contradicción?

—Obsérvelo usted mismo. El individuo ha colocado una bomba con la intención de destruir el «Super-Star». Al mismo tiempo, le interesa que se haga publicidad alrededor del desastre que él ha preparado. ¿No es eso lo que usted sugiere?

—Parece lógico, dado el comportamiento del tipo —refunfuñó

Carella.

—¿Lógico? —estalló el federal—. ¡Es lo más estúpido que he oído en mi vida! Ese hombre misterioso debía suponer que tan pronto colgase el teléfono usted correría en busca de la bomba, de manera que todo su plan de destrucción se vendría abajo. A mi modo de entender esto, el tipo podía haber esperado a que se produjera el desastre antes de llamarle. A los efectos de la publicidad subsiguiente hubiera sido mucho mejor así. ¿No opina como yo?

—Ni más ni menos.

—Muy bien, entonces; ¿por qué ha hecho fracasar su plan?

Carella se encogió de hombros. Había catorce o quince personas reunidas allí dentro, entre ellas Burke y Rugolo. La mayoría eran científicos y técnicos, incluida Carol, cuyos ojos de mirar profundo escrutaban frecuentemente el pétreo perfil de Carella con evidente preocupación.

El agente añadió:

—Para ser periodista, amigo, se muestra extremadamente discreto a la hora de formular alguna hipótesis razonable...

—No tengo nada más que decir. ¿O sospecha que he sido yo mismo quien ha colocado la bomba, sólo para dar la alarma más tarde?

—No creo que su afán de sensacionalismo haya llegado a ese extremo. Pero sí estoy seguro... que sabe usted más de lo que declara. Y estoy igualmente convencido de que sus motivos son el éxito periodístico, ¿no es cierto?

Carella suspiró resignadamente.

—No me opongo a que deje volar su fantasía —refunfuñó—, pero no me complique a mí en sus delirantes conclusiones.

Dance cambió de táctica.

—¿A quién se le ha ocurrido que la bomba podía estar en el brazo de una grúa? —preguntó secamente.

—Al profesor Bloch, aunque en realidad la idea ha sido elaborada por todos. Estábamos preguntándonos en qué lugar podría causar más daño un artefacto semejante y...

—Entiendo —le interrumpió el federal con evidente desaliento ante el nulo resultado del interrogatorio—. Va a ser una tarea larga y con pocas probabilidades de obtener resultado alguno, pero me

veo obligado a realizar un proceso eliminatorio de todos los que han tenido oportunidad de colocar la bomba en el puente de la grúa. Por el momento hemos terminado aquí.

Fueron saliendo en pequeños grupos, cuchicheando con voz queda unos y otros. Carella y sus dos compañeros salieron de los primeros, y en la explanada se les reunieron Gribble y Carol.

—Vaya susto, ¿eh? —comentó el químico con su acostumbrado buen humor.

—Podía haber sido peor —rezongó Johnny Rugolo entre dientes.

Carol, sumamente inquieta, susurró:

—Confieso que tengo miedo. ¿Cómo podemos saber que no vamos a volar en pedazos en el momento menos pensado? Quien sea que trata de destruir el cohete debe estar loco.

Carella emitió un gruñido de disgusto.

—Sospecho que es uno de los tipos más cuerdos que existen —dijo hablando como para sí mismo.

—¿Por qué cree eso?

La ansiedad vibraba en la voz de la muchacha. Carella no respondió inmediatamente. Y después se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—Es una corazonada. Creo que es mejor que vayamos a descansar. Hemos perdido casi toda la noche.

—Ésas son palabras llenas de sabiduría —rió Gribble dando media vuelta.

Carol miró al químico mientras se alejaba. Luego se aseguró que los otros dos «periodistas» no podían oírla y entonces musitó:

—Necesito hablarle, Frank...

—¿Ahora?

—O por la mañana. Estoy tan inquieta...

—¿Es que sabe algo que no ha revelado?

—Nada con seguridad...

—¿No cree que debería informar al federal en todo caso?

Los grandes ojos verdes se posaron en su cara con incertidumbre.

—No sé qué hacer. Temo que tome en serio mis sospechas y que luego resulten equivocadas. El perdería un tiempo precioso en una pista falsa, ¿comprende?

—Creo que sí. Quédese conmigo.

—¿Y sus compañeros?

—Nos dejarán solos.

Hizo una leve seña a los dos y ambos se alejaron rumbo al edificio donde tenían sus dormitorios.

Carella esperó casi un minuto. Luego tomó del brazo a la muchacha y comenzaron a pasear sin rumbo, lentamente, para mantenerse alejados de posibles oídos indiscretos.

—¿Y bien? —la urgió él.

—Para que me comprenda, debo explicarle en qué consiste buena parte de mi trabajo...

—Adelante, la escucho.

—Yo he diseñado la mayoría de los circuitos electrónicos del «Super-Star» —empezó la muchacha—. He dirigido su montaje y comprobado pieza por pieza por mí misma. Últimamente han sido montados los giroscopios, parte de los cuales he perfeccionado también. Esos aparatos son prácticamente el cerebro rector del vuelo...

—El profesor Bloch dijo algo semejante al referirse a ellos.

—Bloch es el encargado de los últimos ajustes antes del lanzamiento. Conoce perfectamente el manejo de los giroscopios. Bien, tal como le decía, tras perfeccionarlos dirigí su montaje. Luego, sólo para mi propia seguridad relativa a su funcionamiento, hice una serie de cálculos matemáticos basándome en la velocidad de despegue, velocidad de vuelo, posibles condiciones atmosféricas y todos los factores que pueden influir en el comportamiento de tan delicados aparatos... Quedé muy satisfecha del resultado que obtuve, por cuanto demostraba que, teóricamente, el funcionamiento de los instrumentos de vuelo sería perfecto.

—¿Y bien? —repitió Carella, sin comprender.

—Alguien revolvió en mi libro de anotaciones —dijo ella de un tirón, como si se librara de un gran peso.

—Explíqueme eso. ¿Qué interés pueden tener esas notas para otra persona? Sólo son cálculos teóricos, ¿no es así?

—En parte así es, pero son de suma importancia. Un experto puede comprender con esas notas el rumbo que llevará el cohete, la velocidad, dirección, momento en que soltará el satélite y el minuto exacto en que la carga atómica estallará...

—¡Demonio! ¿Está segura que alguien revisó sus notas?

—No puedo jurarlo, desde luego. Pero estoy casi segura de que forzaron los cajones de mi mesa de trabajo y revolvieron allí todo cuanto encontraron. Una de las páginas de la libreta estaba doblada accidentalmente cuando me di cuenta. Yo jamás la habría dejado de esa manera, Soy extremadamente cuidadosa con mis papeles.

—Ya veo...

—¿Cree que debo hablarle al hombre del F.B.I.?

—Tal vez sería preferible que lo hiciera, pero quizá él no la tomaría en serio, o, lo que es más probable, perdería un tiempo precioso buscando entre los sospechosos de haberle registrado el escritorio. De momento, ya está bastante ocupado con el autor del atentado al cohete.

—Eso es lo que suponía... ¿Qué me sugiere usted, Frank?

—Se me ocurre una idea, muchacha... ¿Por qué no buscamos nosotros al sospechoso?

Carol le miró con el asombro reflejado en su bello semblante.

—¿Quiere decir que podríamos encontrar al que revolvió mis papeles?

—No lo sé, pero podemos intentarlo. ¿Qué le parece?

—Creo que sería un gran paso identificar a ese hombre... pero no tengo esperanzas de lograrlo. No tengo la más ligera sospecha de quién puede ser.

—Utilizaremos un sistema de eliminación de posibles sospechosos. Es casi seguro que al terminar nos encontraremos sin ninguno entre manos, pero vale la pena intentarlo.

—Si usted cree que tenemos una oportunidad... por mí está bien.

Él la acompañó de regreso a su habitación. Durante el último trecho del camino no hablaron una palabra. Sólo al despedirse, ella murmuró:

—Me pregunto qué clase de periodista es usted, Frank...

El contuvo el sobresalto y sonrió.

—Mediocre —dijo con una sonrisa.

—Más parece un sabueso que un reportero a mi modo de ver.

—Bueno, en realidad para ser periodista hay que ser un poco sabueso, usted sabe... Es la única manera de cazar las noticias de actualidad.

—Eso debe de ser... Buenas noches. Nos veremos por la mañana,

¿no es así?

—Conforme. Buenas noches, Carol...

Ella tardó unos segundos más en dar la vuelta y desaparecer en el interior del edificio. Sus ojos verdes reflejaron su incertidumbre al mirar el rostro inexpresivo del hombre. Luego, parpadeó y apresuróse a entrar al edificio, desapareciendo.

Carella permaneció unos instantes más allí todavía. Luego, anduvo a buen paso hacia su propio alojamiento, donde estaban esperándole sus compañeros.

Johnny gruñó:

—¿Qué le pasaba a la dama, Frank?

—Está preocupada porque alguien parece ser que le ha registrado los papeles del escritorio. Me ocuparé de eso por la mañana. Ahora hay algo más importante que me preocupa, muchachos.

—La llamada telefónica —aventuró Burke—. Hemos estado hablando de eso.

—No comprendo el comportamiento del tipo que avisó. No cabe duda que el federal está en lo cierto en sus conjeturas... pero no sabe tampoco a dónde le van a conducir.

—¿Qué opinas tú?

—En primer lugar, la bomba estaba destinada a ser descubierta desde el mismo instante en que fue colocada. Casi podría jurarlo...

—Eso me parece algo muy rebuscado, Frankie...

—Rebuscado o no, es la única explicación que se me ocurre. Pero hay algo más a mi modo de ver. El individuo que tramó esa farsa hizo sus cálculos casi matemáticos... El tiempo que podríamos tardar en dar con el artefacto, nuestras reacciones una vez conseguido eso, adivinando nuestros pasos... No hay más que ver lo preciso del estallido, apenas dos minutos después de arrojarlo a la selva.

—Sólo con imaginar que el bastardo se hubiera equivocado, convirtiéndonos en carne picada, me pongo enfermo —rezongó Johnny, sombrío.

—No se equivocó. Además, poco le importaba a él que volásemos o no. Su propósito ya estaba logrado.

—¿Qué propósito? —masculló Lin entre dientes—. Todo lo que había logrado, o ha conseguido realmente, es revelar sus

intenciones, que no son otras que destruir el cohete, con lo cual se redoblará la vigilancia en su torno.

Carella sonrió de mal talante.

—Ahí es donde reside la trampa.

Lo miraron, desconcertados.

El añadió unos segundos después:

—No puedo creer que el tipo sea tan estúpido como para delatarse de semejante manera... Es un hombre de mente retorcida que tiene un propósito determinado, firme y claro. Ideó la farsa de la bomba, creyendo que sería un toque magistral, y la llevó a cabo con precisión matemática. En mi opinión, en ningún momento ha tenido la intención de destruir el «Super-Star».

La sorprendente afirmación tuvo la virtud de dejar boquiabiertos a los dos agentes. Sólo Johnny balbuceó finalmente:

—Debes estar loco, muchacho, o lo estoy yo. De manera que el hijo de perra coloca una bomba de tremendo poder explosivo en el cohete, y no tiene intención de hacerlo polvo, ¿eh?

—Justamente.

Lin dijo:

—Frank, tus elucubraciones cerebrales son tan ilógicas como las que atribuyes a nuestro hombre. ¿A dónde vas a parar?

—No sé con exactitud cuál es el fin que persigue nuestro hombre, pero sí apuesto que no quiere destruir el proyectil. En cuanto a mis razonamientos, Lin, están dictados por la pura lógica.

—De manera que la bomba ha sido una cortina de humo...

—Algo semejante.

Johnny dejó escapar un gemido.

—¡Una cortina de humo! —se lamentó—. Y hemos estado a punto de volar en pedacitos... ¡Condenación! ¿Qué clase de charada es ésa, Frankie?

—Te repito que no puedo adivinar qué es lo que el autor de la broma tiene planeado para el «Super-Star», pero sí creo que no desea destruirlo. Por lo menos, en el silo. Y opino así precisamente porque todos sus esfuerzos han sido encaminados «precisamente» a hacernos creer que ése era su propósito. Si cualquiera de los técnicos que trabajan en el silo quisiera hacer polvo el cohete podría conseguirlo con la mayor facilidad. Y no me llamaría por teléfono para darle publicidad. Ahí es donde nuestro hombre se

pasó de rosca.

—Renuncio a entender semejante enredo —refunfuñó Burke—. Prefiero acostarme y aguardar los acontecimientos de mañana. ¿Qué vas a hacer tú, muchacho?

—En primer lugar, buscar un teléfono que no pueda ser interceptado y hablar con S. —murmuró, refiriéndose al Secretario de Justicia. Luego añadió—: Después veré de descubrir al curioso que revisó las notas de Carol. Me parece más fácil que encontrar al que colocó la bomba.

—¿Y nosotros, qué hacemos?

—Continuar como hasta ahora. Y mantener los ojos bien abiertos.

Así dieron por finalizada la reunión. Cuando se metió de nuevo en la cama, Carella cerró los ojos y se quedó dormido instantáneamente.

Pero como de costumbre, su subconsciente no durmió, proporcionándole más de un quebradero de cabeza, incluso en sueños...

CAPÍTULO VI

INSOMNIO PRODUCTIVO

Johnny Rugolo dio otra vuelta en la cama, gruñó con evidente disgusto y acabó por sentarse en el lecho para encender un cigarrillo.

Hubo de rendirse a la evidencia de que estaba nervioso y fastidiado a causa del insomnio. Por lo general, pensó, dormía de un tirón desde que se metía entre sábanas hasta la hora de levantarse, pero aquella noche el sueño parecía haber huido de él tan completamente como si hubiese dormido ya lo suficiente para todo un mes.

Reconoció que ésa anomalía era debida sin duda alguna a la excitación causada por el encuentro de la bomba y todo lo demás que se había derivado de ese suceso.

Fumó el cigarrillo y dudó entre levantarse o intensar dormir de nuevo. Finalmente, se dijo que no podría pegar un ojo hasta que hubiera calmado su sistema nervioso y saltó del lecho, vistiéndose a regañadientes.

Cuando estuvo vestido se encontró sin saber qué hacer en realidad. Fumó otro cigarrillo furiosamente, aplastó la colilla y acabó abriendo la pequeña ventana, asomándose a ella en busca del sueño que parecía escapar más lejos a cada segundo.

Contempló la oscuridad que envolvía la base y escuchó el denso silencio de la noche. Sólo a intervalos, de la cercana selva, llegaban extraños rumores que no sabía identificar. Pensó en Peter Brete, el otro componente del grupo de «Los. Justicieros» que se había quedado liquidando la última misión llevada a cabo por ellos. Brete era un enamorado de las selvas, fueran de la latitud que fuesen. Y un experto en ellas, puesto que no en vano había pasado buena

parte de su vida sumergido en las inmensidades verdes de África y Asia.

Suspiró resignadamente. No iba a poder pegar un ojo en el resto de la noche. Pensó que quizá si se cansaba podría dormir, de manera que abandonó silenciosamente la habitación y salió al exterior, iniciando un paseo alrededor de la inmensa explanada de cemento que formaba el centro de la base.

Se asombró de la quietud que lo envolvía todo. Sabía que el turno nocturno seguía trabajando en el cohete, pero hundidos en el profundo silo, ningún ruido llegaba al exterior.

Mientras andaba, despejó su mente de problemas y se concentró en serenarse. No lo consiguió porque había infinidad de preguntas sin respuesta que lo preocupaban.

¿Dónde debía andar el agente federal?

¿Por qué no había patrullas de la guardia vigilando continuamente todos los rincones de la base, incluso la explanada?

Estaba bien que concentrasen sus esfuerzos en controlar las entradas y en patrullar la alambrada para evitar que se colase ningún extraño, pero no por eso debían abandonar el control interior...

Se detuvo no muy lejos del pabellón donde se alojaba el personal subalterno. Comenzaba a dudar de que el enemigo fuera uno de aquellos hombres. Ninguno de ellos podía haber tenido la oportunidad de colocar la bomba...

A su lado se erguía el recto tronco de una palmera gigante. Se recostó contra ella y sus ojos, habituados a la oscuridad, contemplaron pensativamente el edificio y sus oscuras ventanas.

Dejó pasar los minutos sin que su mente dejara de formularse preguntas sin respuesta. Y entonces escuchó el ruido lejano de una puerta, cerrada con demasiada violencia. Se envaró, dejando de apoyarse en la palmera y escrutando la oscuridad a su espalda.

Sólo distinguió la negra silueta del edificio de la lavandería. Le pareció que el ruido de la puerta había llegado de aquella dirección. Se decidió a dar un vistazo y anduvo como sombra bordeando la calzada de cemento y buscando los lugares más oscuros.

Antes de llegar al edificio descubrió la sombra movediza que se alejaba de él. Contuvo el aliento. No le cupo duda que se trataba de un hombre que andaba apresuradamente, en completo silencio, y en

dirección a la alambrada que quedaba unos quinientos metros más atrás.

Debía encaminarse a la cerca electrificada sin duda alguna, ya que no había más construcciones por aquel lado. Johnny comenzó a alegrarse de su insomnio. Además, se afianzó en su idea de que era necesario que el interior de la base fuese patrullado regularmente por las fuerzas de seguridad.

Estaba ya en descubierto. No podía ver al hombre que le precedía, pero en el silencio que reinaba le era fácil percibir el leve chirriar de unos pies sobre la fina grava.

De repente, ese rumor de pies se extinguió también. Johnny se detuvo en seco. Tras un ligero titubeo, se quitó los zapatos y siguió su avance. Las pequeñas piedras le lastimaban los pies, pero ni siquiera sentía el dolor debido a que todos sus sentidos estaban pendientes del desconocido que tenía delante. Lo imaginó agazapado tal vez, escuchando, asegurándose de que no era espiado para...

¿Para qué?

Rugolo apretó las mandíbulas. ¿Qué podía buscar el desconocido en las proximidades de la alambrada?

Llegó a una franja de terreno en la que los matorrales habían crecido con exuberancia tropical en los meses que llevaba instalada la base. Allí se vio obligado a avanzar más precavidamente.

Le detuvo un rumor como de ramaje desplazado. No había luna, pero el pálido resplandor de las estrellas era suficiente para delinear el opaco brillo de la sólida alambrada por la que circulaba electricidad lo bastante potente como para electrocutar al que tuviera la ocurrencia de tocarla.

Y justo cuando se apartó del matorral tras el cual se escondía, vio al desconocido, o su sombra más oscura que las demás, hundiéndose en la tierra.

Estuvo a punto de lanzar una exclamación al contemplar aquella especie de truco de brujería. Un hombre desapareciendo en la tierra...

Tras haberlo perdido de vista, de nuevo escuchó el rumor de ramaje seco. Y comprendió, y una suerte de excitación y entusiasmo le embargó.

Un túnel. Un agujero subterráneo que permitía a alguien entrar

y salir secretamente de la base. Debía haber pensado en ello desde un principio.

Esperó unos segundos y se lanzó hacia donde el rumor se había producido. No le costó encontrar el matorral seco, debajo del cual se iniciaba aquella especie de madriguera que cruzaba la alambrada por debajo.

Sin vacilar, se deslizó por el agujero, reptando en la tierra como un gusano. Cuando sacó la cabeza entre las ramas de otro arbusto, comprobó que estaba a más de veinte metros de la alambrada.

Saltó fuera del túnel y escuchó con todos los sentidos alerta para captar cualquier rumor. Sólo los ruidos de la selva llegaron a sus oídos, pero poco después, el seco chasquido de una ramita al quebrarse le indicó que el espía, o quien fuera que andaba delante de él, avanzaba alejándose a su derecha.

Se calzó los zapatos y partió en su persecución. Calculó que estaban andando en dirección a la costa. Había más de una milla según recordaba por los planos y mapas consultados antes de emprender el viaje. ¿Con quién trataría de entrevistarse el desconocido? Pensó que cuando pudiera verlo de cerca ya no sería un desconocido, puesto que lo más pro que fuera alguien con quien él ya hubiese hablado en sus entrevistas como fingido reportero.

Había salido de la lavandería...

¿El chino tal vez?

Tras unos minutos de marcha por en medio de la espesura, desembocó en un camino lo bastante ancho como para permitir el paso de un auto. Descubrió al hombre que le precedía y se mantuvo fuera del ancho sendero.

Y así llegaron hasta las cercanías del mar. Primero escuchó el suave chapoteo de las olas, al romperse mansamente contra la playa. Luego, al atravesar la última barrera de gruesos árboles, pudo contemplar las oscuras aguas, la clara espuma, la playa... y la cabaña.

Ahogó una exclamación al ver que su perseguido entraba en la rústica construcción. Semejaba una de esas cabañas grandes de fin de semana, aunque tan aislada que Johnny se preguntó quién demonios podía haberla construido en semejante paraje.

Esperó unos segundos antes de atravesar la zona descubierta que le separaba de la construcción. Cuando llegó junto a la pared vio

que la puerta por la que había entrado el otro estaba abierta y no dudó en cruzarla, silencioso como un gato.

Se encontró en una reducida cocina. Siguió su avance, guiándose por los ruidos que el desconocido producía. De repente, frente a él brilló el destello de una linterna eléctrica. Se detuvo. Estaba ante una puerta abierta.

Pegado a la pared, atisbó con precaución, viendo una sala de regulares dimensiones. El perseguido acababa de abrir una alacena empotrada en una pared. Johnny se quedó sin aliento al ver lo que contenía.

También sintió un estremecimiento al reconocer al espía.

Hang Ti.

El chino encargado de la lavandería de la base. ¿Cómo era posible que los investigadores hubieran cometido semejante error al seleccionar el personal?

El chino acababa de descubrir un complicado aparato receptor-emisor de radio de onda corta. Lo conectó y un suave zumbido llenó la estancia.

Johnny se echó atrás, escuchando. Oyó los insistentes esfuerzos de Hang Ti para comunicar. Hablaba en su lengua natal, de manera que Rugolo no entendía ni una palabra. Un motivo más para lamentar la ausencia de Peter Brete, ya que él era el único del grupo que dominaba la compasada lengua oriental.

Finalmente, el chino obtuvo el ansiado contacto y se lanzó a hablar rápida y cantarínamente. Johnny calculó que estaba emitiendo un largo informe, toda vez que no era interrumpido, sólo hablaba y hablaba sin cesar.

Finalmente, calló y una voz metálica, en su mismo idioma, le replicó, igualmente en largos párrafos que debido a no entender nada se le antojaron inacabables a Johnny.

Después, hubo un rápido cambio de preguntas y respuestas, según calculó por la manera de expresarse y de replicar el aparato. Por último, el receptor quedó mudo y el chino desconectó el circuito.

Rugolo retrocedió en silencio, saliendo de la cabaña y yendo a esconderse entre los árboles. Poco más tarde vio salir al chino y emprender el camino de regreso a la base. Johnny suspiró al abandonar su refugio y recorrer una vez más el camino de la

cabaña.

No le resultó difícil violentar la cerradura. Una vez dentro, abrió el armario y se concentró en el examen del aparato.

No reconoció el tipo, a pesar de que la mayoría de emisoras de tamaño potencia le eran perfectamente conocidas. Todos los diales y los pequeños rótulos indicadores de las clavijas estaban escritos en inglés pero no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que la mayoría no significaban nada. O estaban equivocados, o habían sido colocados allí sólo para despistar a un posible descubridor del aparato, ocultando así su origen.

—Tal vez fuera ruso... —Pero Rugolo lo puso en duda por cuanto casi todas las emisoras de aquella nacionalidad le eran conocidas a través de los centros de adiestramiento a que había concurrido.

—Chino —refunfuñó entre dientes.

Volvió a cerrar el armario y, más pensativo que nunca, emprendió el regreso a la base. Era preciso hablar con Carella sin perder ni un minuto.

CAPÍTULO VII

Frank Carella la se detuvo en medio de la habitación y miró a su alrededor con gesto perplejo. Todo estaba en orden, como si acabase de pasar una eficiente ama de casa, pero lo que le interesaba no era precisamente el orden o la limpieza, de manera que giró la cabeza y gruñó:

—Y bien, Johnny. ¿A dónde crees que ha ido tu amigo?

Johnny refunfuñó una maldición, antes de gruñir:

—Cualquiera sabe... Debería estar aquí, ¿no te parece?

—¿Estás seguro que ha regresado a la base después de abandonar la cabaña?

—No podría jurarlo, naturalmente. Yo me he quedado para examinar a fondo el transmisor. Pero ha salido sin sospechar que había sido seguido, así que lo lógico es suponer que ha vuelto a su redil directamente.

—Bueno, como puedes ver, aquí no hay rastros del chino...

—¡En qué estás pensando, Frank! —inquirió Rugolo al notar que Carella se interrumpía.

—En los motivos que haya podido tener para no volver aquí... Vamos a ver eso matorral y todo lo demás.

Salieron de la lavandería después de registrar hasta los menores rincones y Johnny Rugolo guió a su jefe hasta el lugar por el cual había seguido al chino.

—Ése es el matorral que oculta el paso subterráneo por debajo de la alambrada... ¿Qué opinas?

—¿Lo has colocado tú tal como está?

—Seguro, He vuelto a ocultar el paso.

—¿Y cuando has salido?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando has salido por aquí en persecución del chino, ¿cómo has dejado el matorral?

Rugolo miró a Carella estupefacto.

—¿Te apuestas que no lo recuerdo? Sé con toda seguridad que he colocado este tal como el chino lo había dejado... pero sospecho que el del otro lado me ha delatado, por cuanto no recuerdo cómo lo he dejado después de pasar. Tenía mucha prisa por seguir a mi hombre, ¿comprendes?

Carella asintió con un gesto. Frunció el ceño, pensativo, y miró a su alrededor.

—De todas formas es muy extraño que no haya acudido a su apartamento para nada... Más bien creo que al regresar se ha dirigido a entrevistarse con un cómplice... Alguien a quién ha transmitido las órdenes recibidas por radio. Y si ha advertido que el matorral no estaba como él lo dejara anteriormente, podemos presumir que informará de eso también a su camarada, en cuyo caso creo que podemos despedirnos de nuestro amigo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es lo más lógico... si ha sido descubierto, su compañero tiene dos alternativas; o bien le esconde para que no sea localizado, lo cual le traerá muchos quebraderos de cabeza, o bien, lo liquida. Ése es el sistema más seguro para ése cómplice, aunque le queda el problema de disponer del cadáver para deshacerse de él sin levantar sospechas.

—¿Y por qué tomarse la molestia de hacer desaparecer el cuerpo? Recuerda que los dos agentes fueron dejados como fardos en el mismo lugar en que murieron.

—El asesino no puede arriesgarse a hacer lo mismo esta vez. Sabe que alguien ha estado siguiendo al chino y eso cambia las cosas. Por otra parte, un tercer asesinato levantaría demasiado ruido y quizá trajese más investigadores a la base, cosa que no debe convenirle poco ni mucho.

—Comprendo lo que quieres decir —refunfuñó Rugolo—. Sea como sea, no volveremos a ver al chino vivo.

Carella limitóse a encogerse de hombros.

—Eso sólo me preocupa en razón de que nos corta la única pista que podía llevarnos a alguna parte. Es preciso registrar la base. No nos queda otra solución que informar al federal del comportamiento de nuestro amigo amarillo. Por otro lado, mientras está ocupado con esa tarea nos dejará en paz a nosotros para trabajar con soltura.

Cuando volvían sobre sus pasos, Rugolo farfulló:

—Nunca me perdonaré haber sido tan descuidado...

—Olvidalo, son cosas que suceden de la manera más imprevista en cualquier momento. Sin embargo, no es eso lo que más me preocupa ahora, a pesar de que ese chino es una baza importante en este juego. Lo que realmente me desconcierta es lo que los saboteadores se proponen con todo esto.

—En mi opinión, sus planes son destruir el «Super-Star» y hacer fracasar todo el proyecto.

—Tal vez...

—Estuvieron a punto de conseguirlo con su maldita bomba, ¿lo has olvidado?

—Pero hicieron todo lo posible para que esa bomba fuera neutralizada a tiempo.

—Buscaban publicidad.

—Tal vez —repitió Carella, pensativo. Luego agregó—: Busca al federal y avísale de lo que has descubierto con el chino, pero sin decirle una sola palabra de la cabaña de la playa y su transmisor, ¿entendido?

Un tanto sorprendido, Rugolo contempló a Carella con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? —preguntó—. Es necesario inutilizar esa cadena de enlace con los directores del plan de sabotaje...

—Destrúyela y jamás sabremos quiénes son ellos precisamente.

—Ya veo...

—Dile solamente que le has visto entrar por ese agujero subterráneo, y que se te ha escabullido cuando intentabas seguirlo. Eso será suficiente para que organicen la búsqueda, ¿comprendes?

—¿He de decir que lo he visto «entrar»? Supongo que sería lo mismo informar a Dance de que lo he visto salir...

—No. Eso haría que la búsqueda se realizase también fuera de la base y eso no me conviene. La cabaña debe seguir siendo un secreto. Informando de que lo has visto entrar, sus sospechas se encaminarán hacia un posible contacto con el exterior y no perderán el tiempo buscando a alguien que puede hallarse a centenares de millas de aquí a estas horas.

—Está bien, sacaré al federal de la cama y espero que todo de el resultado esperado. Pero ¿qué haremos nosotros entre tanto?

—Quedarnos al margen del registro, pero mantener los ojos abiertos. Si el chino tiene un cómplice entre el personal subalterno, o entre los directores del programa, forzosamente deberá moverse para hacer todo su trabajo personalmente, a causa de que el chino está fuera de circulación. Date, prisa, y cuando estés seguro que Charlie Dance ha iniciado la búsqueda regresa a mi habitación. ¿Entendido?

—Okey, Frank...

Rugolo se alejó, separándose del jefe de «Los Justicieros» y desapareciendo en la oscuridad.

Preocupado, Frank Carella recorrió la distancia hasta el pabellón en que estaban sus habitaciones y las de los hombres de ciencia. Se detuvo en la alumbrada puerta para encender otro cigarrillo sin dejar de reflexionar. Al fin, suspiró resignadamente y entró.

Subió el primer tramo de escaleras y se detuvo en seco. El cuerpo estaba caído en el rellano, con la cabeza apoyada en el primer escalón del segundo tramo. Frank no pudo contener una exclamación de alarma al reconocer a la hermosa Carol y se precipitó hacia ella sintiendo un extraño nudo en la garganta.

Medio incorporó el cuerpo hasta apoyar la cabeza de la mujer en su rodilla. Entonces advirtió que respiraba entrecortadamente y que un hilillo de sangre se deslizaba entre sus cabellos.

—¡Carol! —exclamó.

Tardó algún tiempo en recobrar el conocimiento. Parpadeó y un quejido brotó de sus labios sin sangre.

—¡Carol! —repitió—. ¿Qué ha sucedido?

Ella ladeó la cabeza y luchó con la niebla que enturbiaba su mirada hasta reconocerlo.

—¡Oh, Frank... usted...!

—Cálmese, todo va bien. ¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé... Estaba despierta... oí pasos precipitados y salí a ver qué sucedía...

Se interrumpió, sin aliento. Sus grandes ojos no se apartaban del rostro del hombre.

—Siga —la animó Carella.

—Bueno, no pude ver quién corría... me golpearon por detrás y ya no recuerdo nada...

—¿No vio ninguna sombra?

—En absoluto.

—¿Cómo se siente ahora?

—Igual que si me estuvieran arrancando la cabeza.

—Venga, la llevaré a su habitación. Quiero preguntarle algo más todavía.

Sosteniéndola casi en vilo, la acompañó hasta el dormitorio, donde la muchacha dejóse caer sobre el lecho con ademán agotado.

Por unos breves instantes, Frank Carella se dejó ganar por los sentimientos que le inspiraba la visión de la muchacha, cubierta solamente por un vaporoso salto de cama puesto descuidadamente encima del leve pijama de seda. Resultaba un hermoso espectáculo, sugeridor de mil situaciones mucho más atrayentes que aquélla en la cual se debatía.

Sacudió la cabeza para despejarla de enojosos ensueños.

—¿Cree que puede responder a un par de preguntas más? —indagó.

—Ya me siento mejor... Es preciso avisar al agente federal... No podemos dejar que un loco agresivo ande suelto por aquí...

—Ese muchacho tiene un exceso de trabajo en estos instantes. Veamos, en primer lugar...; ¿recuerda usted dónde oyó los pasos precipitados antes de que la golpearan?

Ella enarcó las cejas.

—En la escalera, por supuesto —replicó.

—Me refiero a si estaban arriba o abajo del rellano, delante o detrás de usted, ¿comprende?

—Debían estar detrás de mí para que pudiera golpearme sin que yo lo viera, Frank... eso es indiscutible.

—No si existe un cómplice del tipo que corría.

—¿Un cómplice, en este edificio?

El asintió con un gesto.

—Tengo la corazonada de que esos pasos precipitados eran los del chino encargado de la lavandería... y si es así no me cabe ninguna duda que iba a informar a su cómplice de que estaba descubierto... A propósito, ¿cómo me dijo usted que se llamaba ese chino?

—Hang Ti, pero no comprendo...

En pocas palabras, Carella la puso al corriente de lo sucedido aquella noche. Carol apenas podía creerlo.

—Pero los servicios de seguridad investigaron exhaustivamente los antecedentes de Hang Ti —murmuró, atónita—. No pudieron equivocarse hasta ese extremo...

—Y posiblemente no se equivocaron —opinó Carella, lúgubre.

—En ese caso todavía se entiende menos...

—Sé cómo se realizan esas investigaciones. Suelen obtenerse todos los datos del individuo desde la cuna, y una vez considerados satisfactorios se deja de revolver en su pasado. Bien, Hang Ti resultó satisfactorio, pero pudo ser suplantado en el último minuto por otro chino.

—Eso sería descubierto sin tardar mucho...

—No si el verdadero Hang fue asesinado y su cadáver enterrado, o hecho desaparecer de otra manera. Es posible que de no mediar la afortunada casualidad de que mi compañero estuviera desvelado esta noche, jamás se hubiese descubierto ese misterio.

—Así que ahora están buscando a Hang...

—Seguro. No tardarán en invadir también este edificio, máxime teniendo en cuenta esta agresión de que ha sido víctima usted...

—Pero ¿no comprende que aquí no puede haber encontrado ningún refugio? Sólo ocupamos este pabellón los primeros científicos del proyecto, dos dibujantes técnicos y ustedes...

—Lo sé, pero hay que registrarlo. Le ruego que no se mueva de esta habitación, Carol, bajo ningún pretexto. Puede ser peligroso para usted si el chino cree que ha logrado usted verlo...

—Haré lo que usted dice, pero...

—¿Sí, Carol?

—¿Quién es usted realmente, Frank? Desde el primer momento me pareció un periodista un tanto extraño. Y ahora, su comportamiento tampoco es el de un reportero... Está demasiado seguro de sí mismo y de lo que tiene que hacer... sin que en ningún momento se haya interesado en todo esto desde un punto de vista periodístico...

—Tal vez pueda aclararle esa duda más tarde... De momento debe usted seguir mis instrucciones sin formular más preguntas. ¿Comprendido?

Ella asintió. Durante unos instantes, ambos se miraron con fijeza, hasta que Carella esbozó una leve sonrisa y eso pareció romper la tensión. Ella también sonrió abiertamente y sus ojos

recobraron el hermoso brillo que los animaba.

—Hasta pronto —murmuró el hombre, retrocediendo, hacia la puerta.

—Esperaré, Frank...

El cerró cuidadosamente. Se detuvo unos instantes para encender un cigarrillo y pensar en la hermosa mujer que dejaba tras aquella puerta.

Al fin, apresuró el paso para reunirse con sus hombres para, entre todos, tratar de sacar a Hang Ti de su escondrijo...

CAPÍTULO VIII

CALLEJÓN SIN SALIDA

Sólo que el chino no fue encontrado. Era igual que si se hubiera esfumado, o como si la tierra se lo hubiese tragado.

Los soldados encargados de la guardia de la base que habían colaborado en la búsqueda acababan de regresar a sus pabellones, y todo el personal que había sido interrumpido en sus sueños estaba volviendo a la cama, cuando el federal, Carella y el profesor Bloch quedaron solos en el vestíbulo del pabellón donde estaban situadas sus habitaciones.

—Opino que ese maldito hijo del Celeste Imperio ha vuelto a recorrer su agujero subterráneo para huir —rezongó Charlie Dance entre dientes.

—¿Y quién ha golpeado a Carol en ese caso? —preguntó Carella con voz tensa.

—No lo sé. Nadie puede saberlo. Pero incluso es posible que fuera agredida por otros motivos totalmente ajenos a un posible sabotaje...

Frank Carella soltó un gruñido de disgusto.

—No hay otros motivos. El tipo que subía las escaleras, según ella, parecía llevar una prisa endiablada. Sólo que Carol hubiera tardado unos segundos más en salir y lo hubiera visto...

—Y si es cierto lo que usted insinúa —rezongó Dance—, a estas horas esa muchacha estaría muerta. ¿No es eso?

—Sin la menor duda.

El profesor movió la cabeza con gesto de duda.

—Esas discusiones no nos llevan a ninguna parte, señores. Usted, señor Carella, parece creer que Hang Ti ha venido a este pabellón después de ser visto por su amigo Rugolo... ¿Para qué supone que

lo ha hecho, de ser cierto?

—No lo sé... O para ponerse en contacto con un cómplice, o bien para esconderse... o tal vez sólo para despistar a sus posibles perseguidores el tiempo suficiente de buscar un lugar seguro donde aguardar a que pase la alarma, para escapar entonces.

—¿Un cómplice entre el personal científico? —se escandalizó el profesor.

—No lo afirmo, ni siquiera tengo la menor sospecha de ninguno... pero alguien ha agredido a Carol precisamente cuando el chino era perseguido por mi compañero. Ése es un hecho al que hay que buscar una explicación lógica, ¿no creen?

Dance, el agente federal, clavó sus ojos escrutadores en el rostro de Carella.

—¿Se propone escribir también sobre esto? —preguntó.

—No mientras no me autoricen a hacerlo.

—Comprendo... —Se volvió hacia el hombre de ciencia y tras un corto titubeo dijo—: Le agradeceré que reúna a todos sus colegas que ocupan habitaciones en este pabellón, profesor. Deseo hablar con todos a la vez, para advertirles personalmente de lo que está sucediendo.

—¿Cuándo?

—Si es posible, ahora mismo.

El profesor pareció a punto de formular alguna protesta, pero debió comprender que la situación era lo bastante grave como para no discutir las órdenes del federal, de manera que se retiró murmurando su asentimiento.

Carella quiso saber:

—¿Debemos asistir nosotros también a esa reunión, Dance?

—No creo que sea necesario. Todo esto empezó mucho antes de que ustedes llegasen aquí, de manera que no pueden estar complicados en los sucesos. Acuéstense si quieren.

—Okey, se lo diré a mis compañeros.

Él también giró sobre los talones y se dirigió a su habitación. Cuando se disponía a entrar en ella, los primeros científicos empezaban a bajar las escaleras para asistir a la reunión.

Dentro del cuarto flotaba una verdadera neblina producida por el humo de los cigarrillos que Rugolo y Lin Burke fumaban uno tras otro. Ambos hombres interrogaron a Carella con la mirada.

—Mal asunto —gruñó Frank—. No han hallado el menor rastro.

—¿Empezamos nosotros ahora? —preguntó Burke.

—Sólo en este edificio en todo caso... Es indudable que quien sea que ha golpeado a Carol Sowden era un hombre de carne y hueso. Quizá haya dejado algún rastro que ha pasado por alto a los muchachos de Dance... Al fin y al cabo, ellos buscaban a un chino... no huellas del pasado del chino en particular.

—Ya veo —refunfuñó Lin Burke, cesando de pasearse arriba y abajo como una lanzadera—. ¿Crees que ha dejado manchas amarillas en el suelo? No encontraremos nada.

—Tal vez no, pero nada perdemos con intentarlo.

Se distribuyeron los pisos y Frank Carella quedó en el primero. Reinaba un completo silencio en el edificio, una sensación opresiva cual un presagio de futuros desastres. Lentamente, el jefe de «Los Justicieros» descendió los peldaños hasta el vestíbulo, acercándose a la puerta.

El oscuro exterior estaba desierto y silencioso. Giró sobre los talones y contempló las paredes, el suelo, las escaleras... Se imaginó al hombre que Carol había oído y mentalmente lo identificó con la imagen del chino.

Entonces entró despacio, con los ojos fijos en el suelo y los peldaños. Casi podía, «oír» en su imaginación unos pasos apresurados, nerviosos, empujados por el temor y la urgencia de comunicarse con alguien desconocido...

Subió peldaño a peldaño. Estaban extraordinariamente limpios, sin que hubiera en ellos ninguna huella amarilla, como había dicho Lin Burke con evidente disgusto.

Se detuvo en el primer piso, aquel que le correspondía y en cuyo rellano había sido abatida Carol. En el peldaño en que había descansado su cabeza quedaban unas pequeñas manchas de sangre ya seca. Carella recorrió todo el rellano examinando minuciosamente el suelo blanco. Su mirada se posó en las manchas de sangre. Se estremeció. Podían haber matado a la muchacha con un golpe como aquel...

Entonces distinguió el palito. Era semejante a un mondadientes, sólo que sin pulir. Inclinandose, lo tomó delicadamente entre los dedos, examinándolo con creciente interés.

No cabía duda que era una pequeña ramita rota por los

extremos, seca completamente. Y había caído muy cerca del lugar donde estuviera antes Carol...

Con un gruñido, salió del edificio y se dirigió apresuradamente hacia el matorral que sirviera de *camuflage* al agujero de salida del chino.

Había un soldado montando guardia allí que le cerró el paso. Carella dijo:

—Sólo quiero una muestra de esas ramas...

—Está bien, pero aléjese cuanto antes.

Inclinándose, rompió una de las resacas ramas de los extremos, saludó al soldado y regresó sobre sus pasos.

No cabía duda que su hallazgo pertenecía a la misma clase que el matorral. Bien, pensó, podía haberse desprendido de las ropas de Rugolo, pero él no recordaba que encima de ellas hubiera habido ningún trozo de rama...

Probó a prenderla en su propia chaqueta. Las agudas aristas de los extremos se sostuvieron bien en la tela y no se desprendieron de ella en todo el recorrido hasta el rellano del primer piso.

Entonces prendió la ramita en su manga derecha, asegurándose de que quedaba fija, igual como quedaría si fuera tronchada al pasar por entre el matorral. Hecho esto levantó el brazo y lo abatió violentamente, como si descargase un golpe contra la nuca de un enemigo invisible.

La ramita se desprendió a causa del brusco golpe. Cayó al suelo y los ojos del hombre la siguieron fascinados.

Ahora ya no tenía duda de que Hang Ti había subido aquellas escaleras y golpeado a Carol salvajemente. De manera, pensó, que el chino ha entrado en este edificio...

Pero ¿qué piso era el que buscaba, y qué habitación?

Ese problema tampoco se lo pudieron resolver sus dos compañeros. Lin Burke refunfuñó al regreso de su expedición:

—Nada, Frank... Ni un rastro. Claro que la mayoría de habitaciones están cerradas con llave. Puede estar en alguna de ellas, ¿no crees?

—Quizá, aunque tuvo tiempo sobrado de salir después de golpear a la muchacha y entrevistarse con su cómplice...

Johnny Rugolo también regresó de un humor de perros.

—Esos tipos están asustados, Frank —dijo—. Han cerrado la

mayoría de habitaciones con llave, así que...

—Olvidalo. Creo que no tardarán en dar señales de vida, acuciados por la urgencia del tiempo. Vamos a descansar un poco o mañana nos dormiremos de pie. Ellos darán el siguiente paso ahora.

Le dijo descuidadamente, no obstante, ni él mismo podía sospechar la gran verdad que encerraban palabras.

Ni las consecuencias de esa verdad.

CAPÍTULO IX

EN LA TRAMPA

Frank Carella terminaba de anudarse la corbata cuando el teléfono le obligó a dar un respingo. Lo descolgó y tuvo la sorpresa de oír la lejana voz del secretario de Justicia al otro extremo de la línea.

La voz preguntó:

—¿Carella?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted quién le habla?

—Por supuesto.

—Bien, busque un teléfono que no pueda ser intervenido y llámeme a Nueva York.

—¿Al lugar de costumbre?

—Sí.

—Está bien.

Colgó, se enfundó la chaqueta y salió apresuradamente. Minutos más tarde estaba agarrado a un teléfono directo del edificio militar.

Cuando, quince minutos después, se estableció la comunicación, la voz educada resonó nuevamente en su oído.

—Hay algo que debe usted saber, Carella, pero antes, dígame cómo van las cosas por ahí.

—Ni bien ni mal. Estamos buscando al chino encargado de la lavandería, señor. No puedo darle detalles pero es cómplice de los saboteadores, o lo que sean los que tratan de entorpecer la marcha del proyecto. Su nombre es Hang Ti, pero sospecho que hubo suplantación de personalidad, puesto que los informes de la investigación del verdadero Hang eran inmejorables.

—¿Eso es cuanto puede decirme por teléfono?

—Muy poco más.

—Entonces guárdese hasta que nos veamos. Y ahora escuche. Ha habido una filtración en alguna parte. No públicamente, desde luego. Sólo yo y contadas personas del Pentágono están enteradas del rumbo de vuelo. No obstante, hay un buque extranjero situado en el lugar preciso para seguir con detalle el recorrido del cohete.

—¿Ruso?

—El nombre del buque es *Yank-Tiang*.

Carella notó un escalofrío en la espalda.

—Entiendo —dijo con voz sorda.

—El barco está anclado en alta mar. Aparece equipado con toda clase de antenas de radar de gran potencia, y lleva un artilugio que según los pilotos que lo han sobrevolado parece una gigantesca antena transmisora de televisión... plegada.

—¿Cómo?

—Plegada, o desmontada. ¿Qué opina?

—Intentan seguir el rumbo del cohete... pero me pregunto con qué intenciones. ¿En qué situación se encuentra ese buque?

—En aguas libres. No puede ser molestado sin armar un conflicto internacional.

—Me refiero a su situación exacta. Latitud, longitud y demás.

—Un momento... ¿quiere anotarlo?

—Seguro.

Tomó las notas necesarias y luego la voz de su comunicante dijo:

—Le confieso que estoy asustado, Si se comete un sabotaje no sé lo que pasará, pero...

—No creo que se produzca un sabotaje, señor. De todos modos, ya queda poco tiempo.

—Pero ¿tiene usted sospechas concretas o no, Frank?

—Seguro. Y una ramita seca —gruñó irónicamente—. ¿Una qué?

—Olvídelo. Lo encontrará en mi informe... si llego a redactarlo. ¿Algo más, señor?

—Nada, Frank; pero por Dios, haga cuanto pueda. Asintió y colgó, abandonando el pabellón con un nuevo motivo de inquietud, en su ánimo.

Primero, una emisora secreta, probablemente de procedencia china. Y ahora un buque también chino equipado como un observatorio de radar astronáutico... y un chino llamado Hang Ti

entrando y saliendo secretamente de la base...

Todo conducía hacia la misma dirección, se dijo. Recordó que todavía no había desayunado y encaminóse al comedor con la secreta esperanza de encontrar allí a Carol, pero tropezó con ella justo cuando abandonaba ya la gran sala.

—¿Tiene alguna tarea urgente por hacer? —le preguntó.

—No... pero el profesor Bloch desea verme para discutir los últimos ajustes de los giroscopios...

—Esperaré. Deme tiempo para tomar una taza de café y me reúno con usted. ¿Conforme?

Ella asintió con una sonrisa. Luego, cuando él salió, anduvieron juntos sin un rumbo determinado. Carella empezó:

—¿Qué les dijo anoche Charlie Dance?

—Nada concreto. Ese federal tiene ideas fijas, usted sabe... Está seguro que el chino se limitaba dentro de la base.

—Comprendo que piense así. El trabaja a base de los informes que el mismo

F. B. I.,

recopiló antes de empezar a construirse la base. Si los datos son favorables, los hombres son de confianza. Suma dos y dos y le resultan cuatro, de manera que por ese lado está satisfecho.

—¿Y usted no?

—En absoluto. A veces, para conseguir cuatro, hay que sumar otras cantidades, restando de ellas todo lo que estorba para obtener la cifra buscada... En otras palabras, hay que apartar del camino todo lo que estorba.

—Comprendo. El chino estorbaba...

—Eso por la parte de sus cómplices. ¿Cree que el chino pudo tener oportunidad de revolver entre sus papeles, Carol?

—Claro que pudo hacerlo. El acudía a mi cuarto para recoger la ropa y devolverme la limpia... Generalmente, cada uno lleva sus prendas a la lavandería y las recoge después, pero conmigo hacía una excepción.

—Ya veo... Creo que no debemos perder más tiempo buscando al autor del registro. Y ahora, otra cosa, y ésta es delicada... Supongamos que Hang Ti acudiera al pabellón anoche para que su cómplice le escondiera. ¿De quién sospecharía usted?

Ella se detuvo en seco.

—¿Se refiere a alguno de los científicos?

—En efecto.

—Es absurdo. Ninguno de ellos es un traidor... Además, recuerde que sus historiales fueron exhaustivamente analizados por las autoridades...

—También hicieron lo mismo con el chino —la interrumpió él secamente.

Tras un silencio, la muchacha murmuró:

—Es imposible, Frank... No puedo pensar en ninguno de ellos como un traidor... He trabajado a su lado durante meses, colaborando sinceramente en todos los problemas...

Carella suspiró. No había puesto muchas esperanzas en Carol para resolver ese acertijo, pero por lo menos esperaba lograr una opinión desfavorable de algunos de los científicos, factible de ser investigada más a fondo.

Llegaron ante el edificio y detuvieron sus pasos, cada, uno sumido en sus extraños pensamientos.

La mente de Carella giraba vertiginosamente en torno a los escasos datos que poseía, pero no podía salir de una especie de círculo vicioso que le arrastraba siempre a la misma consecuencia, o sea, que no tenía nada donde agarrarse, excepto la ramita... y sus sospechas.

—Bien, Frank, he de reunirme con el profesor Bloch —murmuró la muchacha al fin—. Estará esperándome.

—¿En su despacho?

—Arriba, en su cuarto. En él tiene también su estudio.

—Vamos, la acompañaré y hablaré un instante con él antes que empiecen a trabajar.

Subieron las escaleras en silencio. De repente, Carella notó sobre sí los inquisitivos ojos de Carol y se estremeció. Ella musitó:

—Me he preguntado muchas veces quién es realmente, Frank... la clase de hombre que se esconde detrás de esa fachada insensible y amarga... y cuál es el trabajo que está llevando a cabo.

—La curiosidad perdió al gato —gruñó él, deteniéndose ante la puerta del profesor—. No haga preguntas que no puedo responder...

Llamaron y Bloch apareció, sonriendo y mirándoles por encima de sus gafas sin montura.

—Hola, Carol... entren. Les he visto desde mi ventana cuando

atravesaban la explanada... Parecían estar contándose sus secretos, aunque estaban demasiado serios, realmente...

Cerró y precedió a la pareja hasta lo que designó como su refugio.

Era una sala espaciosa equipada con una gran mesa de trabajo, otra equipada con complicados instrumentos de cálculo y un gran mapa del mundo fijo en una pared. Había algunas sillas y una confortable butaca detrás de la mesa, a la cual se dirigió el profesor con su andar nervioso.

Carella dijo:

—No voy a entretenerle mucho debido a que Carol me ha dicho que van a trabajar ustedes. Solo...

Se interrumpió abruptamente. El profesor se había sentado en la butaca. Todos sus gestos hasta aquel momento habían sido normales y afables, pero tan pronto estuvo acomodado abrió un cajón y la negra boca de una potente automática quedó apuntada a Carella con implacable fijeza.

Sólo Carol susurró:

—Pero, profesor, ¿qué significa esto?

Bloch sonrió.

—Ustedes dos deben saberlo.

Una voz, detrás de Carella, intervino:

—Y si no lo saben, nosotros se lo explicaremos.

El chino avanzó hasta colocarse a un lado. También él empuñaba una pesada automática.

—¡Hang Ti! —jadeó Carol, estupefacta.

—Su amigo Carella ya sabía que yo estaba aquí, ¿no es cierto?

Frank se encogió de hombros.

—Sólo estaba convencido que estabas en este piso, pero no había conseguido averiguar todavía en qué habitación... Ahora, supongo que me dirás cómo averiguaste que yo conocía tu paradero.

—La ramita, señor Carella... y la prueba que usted realizó en el rellano. Yo estaba espiándole por una rendija en la puerta de este cuarto.

—Ya veo...

—No me diga que también sospechaba usted de mí, Carella —rió el profesor.

Frank asintió con un gesto, pero sus ojos eran igual que dardos, espiando la menor oportunidad para dar un giro a la situación.

—Efectivamente... aunque sin tener nada en concreto contra usted. En primer lugar, se apresuró usted demasiado en localizar la bomba que debía engañarnos a todos, haciéndonos creer que el propósito de los traidores camuflados en la base era destruir el cohete... después hubo otros detalles.

La sonrisa del profesor se borró de sus labios como si jamás hubiera estado allí.

—Nunca supuse que fuera usted tan listo, verdaderamente... Hang, desarma a nuestro amigo. Ya es hora de terminar con todo esto de una vez.

Carella vio cómo la pistola de Bloch se desviaba para apuntar fijamente hacia Carol. Comprendió que si hacía un movimiento o ofrecía resistencia, la muchacha sería asesinada sin piedad y dejó que el chino le quitase su querida «Magnum».

—Ya sabía que se llama Hang —dijo solamente.

—Hang Ti, para ser exactos. El que debía hacerse cargo de la lavandería, duerme el sueño eterno.

—Ya lo imaginaba. Supongo que los dos agentes asesinados lo fueron también por ese engendro amarillo, ¿eh, profesor? Él era el brazo «ejecutivo»...

—Efectivamente. Descubrieron sus manejos con la salida secreta, y uno de ellos le vio entrevistarse conmigo... no nos quedó otra alternativa.

Carella asintió con un gesto. Miró a Carol y la vio tensa y asustada. No obstante, fue ella quien preguntó:

—Pero, profesor, ¿qué pretenden hacer con nosotros?

—Sólo nos queda una, alternativa. Carol... muy lamentable. Pero los dos deben morir... sin ruido.

Fue una sentencia de muerte dictada con implacable frialdad, con una tranquilidad escalofriante. Los dientes de Carella rechinaron cuando pensó en la muchacha...

Entonces, el chino le golpeó con su arma y el jefe de «Los Justicieros» se desplomó sin un lamento.

CAPÍTULO X

HACIA EL ABISMO

Cuando recobró el conocimiento, Carella se encontró amarrado sólidamente a una silla. Un poco a su derecha, Carol estaba igualmente sujeta, mientras el profesor les contemplaba con indiferencia.

Por su parte, el chino se frotaba las manos, un poco apartado de la mesa.

—¿Y ahora qué? —refunfuñó Frank.

—Ahora, mi estimado amigo, va usted a efectuar una llamada telefónica a sus dos compañeros... para alejarlos de la base. No quiero estorbos en mi última etapa.

—Está usted loco si cree que voy a hacer nada de eso. Ellos darán con nosotros mucho antes de lo que imagina.

—No dudo que lo lograrían en otras circunstancias. Pero yo soy un hombre previsor, usted sabe... Calculé que usted era un tipo rudo, duro como el diamante según me contó el señor secretario de Justicia, de manera que iba a ofrecer muchas dificultades. Contando con eso, he preferido tener junto a usted a la bella Carol... sólo para que me sirva de palanca.

Carella se puso rígido. Con eso no había contado.

—De todas formas, se lo pediré otra vez. ¿Está dispuesto a hablar con sus hombres, para decirles lo que yo les ordene?

—No.

—Bueno, Hang Ti...

El puño del chino voló al encuentro del rostro de Frank, donde repercutió como un mazo. Tras esto, se lanzó a golpearlo salvajemente, sin piedad, con una frialdad estremecedora, igual que si no pusiera ninguna pasión en su trabajo, pero sí como si lo

realizase a gusto...

—Basta, Hang.

La voz del profesor le detuvo. La cara de Frank sangraba.

—¿Y bien, Carella?

—Váyase al demonio.

—Está bien, empieza con ella, Hang, pero sin esforzarte tanto.

Usa el cuchillo.

El chino esgrimió un largo estilete y se acercó a Carol, quien se echó atrás instintivamente. Hang gruñó:

—Mi pueblo es viejo y sabio... Hace siglos que somos maestros en el arte de poner lengua a quién no la tiene... y esta hermosa señorita me servirá para demostrarlo.

El estilete descendió lenta y suavemente. En el profundo escote de Carella apareció una fina línea que fue tiñéndose de rojo.

—¡Basta, hijo de perra! —gritó Carella fuera de sí.

—De usted depende...

—Está bien, pero aparte a esa bestia amarilla de la muchacha.

Obedientemente, el chino volvió a instalarse al lado de la mesa.

—Ahora comunicaré por teléfono con sus amigos —explicó Bloch pausadamente—. Usted les dirá que ha descubierto que el chino está en Prichard, que logró escapar y que allí va a reunirse con su jefe. Los dos deben marchar hacia el pueblo inmediatamente, ¿entendido?

—Sí.

—Muy bien. Y ahora, una última advertencia. Si dice una sola palabra fuera de mis órdenes Carol será despellejada por Hang. Le aseguro que es un especialista.

—Haré lo que usted dice.

Miró a Carol. Grandes lágrimas se deslizaban por el bello rostro, mientras la sangre de su corte se hundía en su escote en lentas gotas.

Carella no vaciló. Cuando oyó la voz de Rugolo al aparato desgranó la patraña que le habían ordenado, seguro de que si desobedecía Carol sería torturada hasta morir.

Rugolo no discutió sus órdenes, como jamás lo hacía. Gruñó su asentimiento y el profesor colgó el teléfono suavemente.

—Así está bien, Carella. Ahora podrán ustedes morir en paz... aunque tendrán tiempo para reflexionar. No puedo matarlos y dejar

que encuentren sus cadáveres esta vez...

—Déjese de más historias. ¿Qué pretende hacer con el «Super-Star»?

—Voy a hacer que vuele, naturalmente. Despegará a la hora señalada rumbo a su destino.

—¿Y?

—Sólo que no volará hacia el Cinturón Van Hallen. Tomará un rumbo muy distinto.

Carella tuvo una súbita inspiración. Dijo:

—¿Qué significa para usted el *Yank-Tiang*?

Bloch no pudo evitar un respingo.

—De manera que conoce la existencia del buque... Bien, sinceramente, cuando el cohete haya despegado, Hang y yo esperaremos en una cabaña de la playa donde tenemos un transmisor. Allí nos recogerá un pequeño submarino que nos llevará directamente a China... En cuanto al barco, está lleno de científicos chinos esperando captar la trayectoria del cohete... para reírse a mandíbula batiente.

—¿Por qué?

Una mueca satánica distendió las facciones del sabio.

—Porque, amigo, el «Super-Star», con su carga atómica, volará directamente a Moscú. Allí es donde estallará definitivamente sin un fallo, de manera que la coexistencia pacífica y todas esas zarandajas se irán al diablo. Habrá guerra, ¿entiende? Una guerra que sólo tendrá un vencedor, un país de seiscientos millones de habitantes que se alzarán sobre las ruinas para dominar el mundo...

—Está usted loco, bastardo del demonio... rematadamente loco. Va a desencadenar el fin de la civilización y se ríe...

—¡Claro que me río! Yo ocuparé uno de los puestos rectores del mundo, una vez se hayan destrozado entre sí los dos actuales colosos. La guerra atómica asolará Rusia y América, y Europa se verá hundida en el caos. Cuando acaben de matarse, nosotros seremos los dueños absolutos de la Tierra... y del Universo, porque tendremos también la supremacía en ese campo. ¿No le parece un plan genial?

Carella se encontró sin voz con que responder. No se necesitaba ningún esfuerzo para darse cuenta del cataclismo que iba a desplomarse sobre el género humano... ante eso, no significaba

nada la propia vida, ni el dolor ni las torturas... Era el fin de la humanidad civilizada.

—Es usted el monstruo más repugnante que jamás he visto, profesor.

La voz temblorosa de Carol rompió el tenso silencio. Todas las miradas se desplazaron hacia ella.

Hang dijo:

—Cuando esté usted esperando ser pulverizada por el chorro de llamas del cohete, quizá sus ideas sean distintas. El profesor ha pensado que allá abajo estarán bien los dos... esta noche.

Por unos instantes, Carella no lo entendió. Luego, cuando la comprensión entró en su mente, sintió que su valor se tambaleaba.

—Explíquese —exigió.

Bloch graznó:

—Usted vio la reja que hay debajo del cohete. Pues bien, usted y su dulce compañera serán arrojados por esa reja. Si quedan más o menos vivos, cuando el cohete se ponga en marcha al amanecer creo que su escape de llamas bajará para anticiparles una visión palpable del infierno... Otra de nuestras geniales ideas.

—Mire, el hecho de que esté loco no... Pero es inútil. Deje en paz a Carol, dele una oportunidad por lo menos a ella. Puede dejarla encerrada en lugar seguro hasta que ustedes hayan huido...

—Nada de facilidades. Nuestra empresa es demasiado gigantesca para que podamos tener sentimientos humanitarios. Ustedes dos, cuando termine el trabajo en el silo esta noche, serán arrojados al fondo del pozo y no hay más que discutir... sólo me queda demostrarle nuestra seguridad antes de dejarles... por un rato. Fíjese.

Se acercó al gran mapa del mundo extendido en la pared. Un corto puntero le sirvió para señalar los puntos que nombraba.

—Nosotros —prosiguió—, estamos aquí... lugar del cual despegará el «Super-Star». Y ésta es la parábola que describirá en su vuelo... así... hasta caer justo encima de este puntito... ¡Moscú! Y aquí, en medio del mar, está la flor y nata de los científicos de Pekín, señora Carella... a bordo del «Yank-Tiang»... los mejores cerebros que se han conocido jamás y de los cuales ha surgido este maravilloso plan... esperando captar el paso del «Super-Star» y el subsiguiente estallido... pero para entonces usted y su bella amiga

estarán convertidos en pequeños fragmentos de carbón...

—Una carcajada bestial brotó de sus labios. Los ojos de Carol estaban fijos en el mapa, como fascinada por aquellos puntos que el profesor señalaba una y otra vez... y en su mente resonaba el nombre de *Yank-Tiang* con una persistencia enloquecedora, igual que una burla.

Y allí estaba, en medio de aquel mar, esperando aguardando el fin de la humanidad... precisamente en aquella latitud...

Y ya basta de charla —dijo de pronto el profesor—. Todavía debo ajustar los giroscopios para ese vuelo magnífico... En cuanto a ustedes serán arrojados por la reja esta noche.

Y así fue.

Los dos cuerpos se desplomaron al abismo oscuro de la muerte sin posibilidad alguna de luchar para salva sus pobres vidas...

CAPÍTULO XI

ANGUSTIA MORTAL

La oscuridad les envolvía como si fuera una cosa viscosa. El absoluto silencio, como si estuvieran sumergidos en la nada, dañaba sus oídos con la misma intensidad que un ruido violento.

Carella sacudió la cabeza para asegurarse de que todavía estaba vivo. Cerca de él escuchó un gemido de Carol.

—¿Estás bien, muchacha? —preguntó en voz alta.

—Siento como si tuviera todos los huesos descoyuntados.

Sus voces repercutían sonoramente en la caverna, levantando ecos dormidos y muertos desde los tiempos remotos de su formación.

—No nos queda ni el recurso de gritar pidiendo auxilio —sollozó Carol débilmente—. Nuestras voces se perderían en la profundidad de este pozo... y no me atrevo a moverme por temor a caer más abajo.

—¿No exploraron esto al principio?

—Sí...

—Entonces opino que estamos en un saliente de la roca de escaso tamaño, de lo contrario lo habrían demolido para alisar las paredes. No te muevas por nade del mundo. Necesito pensar...

—Creo que sería preferible que nos dejásemos caer al abismo, Frank...

—¡No digas simplezas!

—Por lo menos, sería una muerte más piadosa que esta espera. ¿Cuánto tiempo falta para el disparo?

Él no quiso decírselo para no aumentar su alarma.

—Lo ignoro —mintió, puesto que la esfera de su reloj era fluorescente—. No te preocupes por eso. Encontraremos la manera

de salir de esta ratonera.

—Ni tú mismo crees eso, sólo lo dices para tranquilizarme. ¿Cómo vamos a librarnos de las cuerdas? Y aunque lo lográsemos, ¿cómo saldríamos de este horrible pozo?

—Debe existir una manera de conseguirlo..., todo consiste en dar con ella... Todas las situaciones tienen dos caras, pequeña, ¿entiendes? Con inteligencia puede encontrarse el lado favorable y...

—¡Oh, cállate!

Los sollozos de Carol fueron otro estímulo para los doloridos músculos de su cuerpo. Los tensó, luchando rabiosamente con las ligaduras. En la oscuridad, su recia musculatura se contrajo igual que cables de acero sometidos a tensión. Frank sintió las cuerdas incrustarse en su carne y el viscoso contacto de su propia sangre al manar de las heridas.

Con un sordo rugido desistió del salvaje intento, jadeando por el esfuerzo.

—Así no —musitó como reprochándose por haberse entregado a su furor.

—Frank...

—Dime, muchacha...

—Si hubiésemos conseguido terminar esta misión... si todo hubiese sido distinto y estuviésemos arriba... normalmente...

Se interrumpió. El contuvo el aliento.

—No pienses en eso ahora —dijo sordamente.

—He de decirlo... Tú no eres como los otros hombres que he conocido, Frank. Y no eres un periodista, sino una especie de espía... Dime, ¿crees que tú y yo...?

—Gribble está enamorado de ti, pequeña.

—Ya lo sé, pero te pregunto a ti...

—¿Por qué soñar con algo tan lejano, Carol? Preocupémonos de lo inmediato.

—Ésa es una respuesta tan buena como otra cualquiera. Tú no puedes quererme, ¿no es verdad?

—Cualquier hombre podría amarte con todos sus sentidos, Carol. Eres hermosa, dulce y apasionada... inspiras todos los sentimientos que un corazón humano puede experimentar...

—¿Pero tú...?

—Yo soy tan humano como Gribble.

—¡Oh, Frank...!

—Pero no tengo su libertad de acción —susurró con voz tensa, como para sí—. Jamás permitiré que una mujer una su vida a la mía porque sería proporcionarle una inquietud. Y ahora ocupémonos de nuestra situación, ¿quieres? Si pudiera librarme de esas malditas cuerdas...

Ladeó violentamente la cabeza, torciendo los brazos al mismo tiempo. Así consiguió ver la esfera fluorescente de su reloj de pulsera. Faltaba menos de una hora para el disparo. Un sudor helado brotó de todos los poros de su cuerpo. Si no conseguían escapar a tiempo, el huracán de fuego del cohete les convertiría en briznas de carbón en sólo unos segundos, abrasándoles vivos y hundiéndoles en un infierno de dolor inimaginable antes de acabar con sus vidas.

Dio la vuelta y todo el peso de su cuerpo se apoyó en sus brazos amarrados. Sintió un latigazo de dolor, pero al mismo tiempo notó la rugosidad de la roca bajo sus manos y un chispazo de esperanza brilló en su torturada mente.

No quiso decirle nada a la muchacha por temor a darle falsas esperanzas, pero comenzó a frotar rabiosamente las cuerdas contra las rocas, sin parar mientes en que también sus muñecas resultaban desolladas con el violento ejercicio. Sabía que estaba destrozándose las manos, que estaba sangrando a chorros y que la sangre, perdiéndose, le proporcionaría una creciente debilidad. Pero ignoró todo esto ante la remota posibilidad de romper las cuerdas con ese procedimiento.

Repentinamente, la voz suave de la muchacha susurró:

—¿Qué estás haciendo, Frank?

Raspar las cuerdas contra las rocas del suelo... Tal vez...

Ella había perdido toda esperanza porque no pareció darse cuenta de lo que significaban aquellas palabras. Sólo musitó:

—Me gustaría poder verte, Frank... por última vez antes de... de que todo acabe...

—Cállate, Carol.

—¿Por qué? Vamos a morir abrasados dentro de poco. ¿Por qué no podemos decir en esos instantes supremos toda la verdad que hay en nuestros corazones? Si tú fueses sincero ahora confesarías

que me amas...

—Carol...

—O por lo menos, admitirías que me deseas con todas tus fuerzas.

Él no replicó, aun reconociendo que ella tenía toda la razón del mundo. Pero no quería distraer su atención del esfuerzo que estaba realizando, apretando los dientes salvajemente para contener el dolor que se extendía por todo su cuerpo...

Instintivamente miró hacia arriba. La más completa oscuridad reinaba en las alturas, allí donde debía estar la reja de acero, y el silo, y el «Super-Star» a punto de despegar para desatar un cataclismo mundial que arrasaría la humanidad entera de punta a punta del Globo...

Sintió unos instantes de desfallecimiento. ¿Qué conseguiría, incluso contando con que pudiese romper las cuerdas? Jamás podrían salir de allí a tiempo...

A tiempo de salvar al mundo de su horrible destino.

—Frank...

No contestó. Cerró los ojos en la oscuridad, apretó los dientes hasta hacerse daño y tensó salvajemente los músculos de sus brazos.

Notó un leve salto de sus muñecas. Casi se negó a creer que aquello fuese cierto...

—¡Ceden, Carol! —gritó con una especie de sollozo ahogado.

—¡Frank!

—¡Las cuerdas... parte de las fibras ceden...! Un poco más... un poco más...

Con renovado vigor volvió a su lacerante tarea. Por unos segundos, los crueles dolores que asaeteaban su cuerpo fueron barridos por la esperanza.

A su lado, muy cerca, la voz quebrada de Carol gimió:

—¡Frank... oh, Frank! Dime que es cierto... Dime que vamos a salir de aquí... ¡Frank!

—Cálmate... lo estoy intentando... un poco más, pequeña... ¡No te muevas!

Había oído el roce de su cuerpo al desplazarse y el pensamiento de que podía desplomarse al espantoso vacío le erizó el cabello.

—Quiero estar junto a ti, Frank... a tu lado... Tanto si nos salvamos como si el chorro del cohete nos mata...

—¡Puedes caer abajo!

—No... se dónde estás. Tu voz me guía y tu aliento...

Furiosamente, él reanudó la tarea. Pedazos de su piel quedaban adheridos a las piedras, pero también las fibras de las cuerdas estaban siendo pulverizadas paulatinamente.

Repentinamente, sintió la presencia de Carol a su lado. La muchacha se apretó a su cuerpo como buscando una protección que no podía darle... todavía.

—Ahora ya no importa —la oyó murmurar—. Tú estás aquí... y yo estoy contigo.

Notó en su cuello el suave roce de los cabellos de oro. Después, el cálido aliento de la muchacha aleteó sobre sus labios y, luego su boca se posó en la suya como en una ardiente despedida.

El beso fue el chispazo de renovada energía que necesitaba. Todo su cuerpo, hasta la última partícula de sus músculos, se convirtió en un terrible arco de fuerza sobrehumana, tensándose, aullando en silencio por el dolor, pero seguro ya de que había llegado el momento de no desperdiciar ni un solo segundo.

Repentinamente, sonó un chasquido y sus muñecas se separaron con violencia, golpeando la pared y las piedras. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, los labios de Carol continuaban en los suyos, apretándolos al notar la espantosa tensión de aquel cuerpo, notando el sabor de las lágrimas de dolor y desesperación...

Y entonces él se apartó con un suspiro.

—Ya está —dijo con voz apenas audible.

Sus manos estaban insensibles por el dolor. Flexionó los dedos una y otra vez hasta que el dolor dejó paso a una sensibilidad perdida.

—Frank... tus manos...

Él la acarició suavemente unos segundos, sólo para infundirle esperanza.

—Están libres, pequeña... Espera un poco y saldremos de este condenado agujero...

Eso no iba a ser tan fácil, pero se aplicó a desatar los nudos que inmovilizaban sus tobillos. Después, procedió a librar a Carol y, conseguido esto, quedaron estrechamente abrazados por unos segundos de incontenible emoción.

Al separarse, él dispuso:

—No te muevas de dónde estás. Yo me levantaré y tantearé las paredes para saber exactamente cuál es nuestra situación...

—Ahora confío en ti, Frank. Nada podrá detenerte... Saldremos de aquí... saldremos, lo sé.

El deseo que no se equivocase en sus esperanzas.

La pared, tal como la tanteaba, era de roca dura y rugosa, pero no ofrecía agarradero alguno por el que poder subir. La desesperanza comenzó a hacer presa de nuevo en su ánimo.

Con los pies tanteó también el suelo, localizando los bordes del pequeño saliente de piedra. No podían moverse ni siquiera un paso si no querían hundirse en el abismo.

Inesperadamente, sus manos tropezaron con algo increíble.

—¡Dios santo, Carol! —jadeó.

—¿Qué sucede?

—¡Lo tengo...! Es maravilloso... nuestra salvación.

—¡Frank! ¿Te has vuelto loco?

—Garfios, nena... peldaños de acero incrustados en el muro. Debieron fijarlos los que bajaron para explorar la caverna... Una especie de escalera. Dame tu mano, Carol.

Sus manos se encontraron en la oscuridad. Los dedos de la muchacha se apretaron desesperadamente en el viscoso contacto de la sangre. Él la guió hasta que, dejándola, ella se encontró agarrando una corta barra de acero.

No dijo nada, sólo suspiró. Entonces notó los brazos de Frank rodeándola, levantándola en vilo, y su voz que susurraba:

—Colócate sobre mi espalda, pequeña... sujétate bien. Te subiré, te sacaré de aquí. Todavía tenemos tiempo de escapar...

Con la dulce carga sobre sus hombros, Frank sacó el resto de sus fuerzas e inició la penosa ascensión. Faltaban exactamente veinte minutos para la hora de la puesta en marcha del monstruoso ingenio.

CAPÍTULO XII

JUSTICIA IMPLACABLE

Exhaustos, se dejaron caer sobre la plataforma de acero, sobre la gran reja que acababan de atravesar. Los dos ansiaban abandonarse, dejar de luchar, borrar de sus cuerpos el terrible dolor y de sus mentes la espantosa angustia que les atenazaba desde horas antes.

Pero no podían descansar si querían salir con vida. No era posible detenerse.

—Diez minutos —casi sollozó Frank Carella, irguiéndose.

Se lanzaron escaleras arriba, a oscuras, bordeando las pulidas paredes del cono. En aquel instante, un sordo rumor de maquinaria en movimiento paralizó sus corazones por un momento.

—¡La cúpula! —exclamó Carol.

Efectivamente, las dos mitades de la gigantesca cúpula estaban separándose, dejando penetrar la clara luz del amanecer, una luz pálida que, no obstante, hirió sus ojos como el cegador brillo de un foco.

—¡Vamos, vamos, no te detengas! —gritó Carella, empujándola ante él.

Pero fue precisamente Frank quién se detuvo a la altura de una de las grúas adosadas en sus encajes, en el muro de acero.

—¡Carol! —exclamó.

Ella se volvió.

—No podemos hacerlo —murmuró Carella—. Está en nuestras manos salvar a la Humanidad de su aniquilamiento...

—¡Frank!

—¿No comprendes?

—¡Dios mío! —jadeó la muchacha—. ¡Los giroscopios!

—¡Puedo hacerlo en cinco minutos si me indicas su

funcionamiento!

—Lo haré yo...

Tanteó la pared de acero hasta encontrar el mando de la grúa. De un salto se colocó en el extremo del puente y éste comenzó a desplazarse, acercándose a la brillante superficie del «Super-Star», cuyas entrañas estaban a punto de entrar en acción.

Desde la escalera, Carella vio a la muchacha abrir fácilmente la trampa que ocultaba los giroscopios y desaparecer en el interior del monstruo metálico. Su corazón casi dejó de latir. Se negó a ceder al impulso que le obligaba a mirar el reloj. No quería saber el tiempo que faltaba, ni si se extinguía. Si habían de morir prefería no saber con antelación en qué segundo sucedía. Imaginó que el estallido de llamas no le daría tiempo siquiera a darse cuenta de su fin...

Repentinamente gritó:

—¡Carol! El barco... dirígelo al buque maldito en que están reunidos todos esos bastardos...

Ella apareció, cerró la trampilla y echó a correr por el puente.

—¡Ya está! —chilló—. El mando de la grúa... Apriétalo.

Él lo hizo. El brazo comenzó a plegarse cuando la muchacha llegaba al extremo del mismo.

De nuevo se lanzaron escaleras arriba. Debían tratar de salir todavía. Su obligación era intentar salvarse, aunque no lo consiguieran.

Corrieron como demonios, como si les persiguieran todos los terrores que la mente humana es capaz de almacenar. Atravesaron salas, puertas y saltaron por encima de muebles derribados.

Y salieron a la luz del día.

Y siguieron corriendo cogidos de la mano, gimiendo, sollozando, con el terror pisándoles los talones...

Pero también con una invencible sensación de triunfo al haber evitado el cataclismo que había estado a punto de desencadenarse.

Repentinamente, una estridente sirena se elevó en el aire quieto del amanecer como un lamento de muerte.

—¡El último segundo! —chilló Carol, redoblando la cañera—. ¡Tenemos que llegar a la casamata...!

Llegaron a ella cuando el suelo se estremeció igual que sacudido por un terremoto. Bajo sus plantas, el cemento se resquebrajó como si fuera mantequilla, osciló y casi les derribó al lanzarse contra la

puerta corredera que cerraba la sólida casamata donde estaban instalados los instrumentos automáticos de control.

Se dejaron caer en el interior, incapaces de seguir luchando, abandonándose al fin a un destino incierto mientras la tierra toda parecía estremecerse bajo el impacto de un cíclope enloquecido.

Llegó hasta ellos el espantoso rugido del cohete al ponerse en marcha. Las turbinas hicieron retemblar les gruesos muros, éstos se agrietaron y el rugido se hizo tan intenso que sus tímpanos amenazaron con estallar, obligándoles a gritar bajo ese nuevo y lacerante dolor que venía a unirse a los otros que les estaban torturando desde hacía horas.

Carella se arrastró por el bamboleante suelo para reunirse con la muchacha, que había quedado acurrucada al pie de una mesa metálica llena de controles automáticos.

—¡Frank, Frank, nos destruirá!

Se abrazó a él histéricamente. Era la primera vez en todas aquellas horas que se dejaba vencer por la desesperación. Carella no pudo menos que admirarla y también él pensó que había llegado su fin, tan violento era el temblor de la tierra. Ante sus ojos, los muros de cemento armado de más de un metro de espesor se resquebrajaban, agrietándose. Aquello solo podía significar el fin.

Se incorporó como pudo, gimiendo y gruñendo al mismo tiempo. Por una estrecha aspillera abierta en el cemento entraba una corriente de aire abrasador, como procedente de la boca de un horno. Atónito, consiguió guardar el equilibrio y miró por la abertura. Lo que vio le dejó helado de asombro, estremeciéndole hasta la última fibra de su ser.

—¡Carol! —gritó para hacerse oír sobre el fragor espantoso que reinaba por doquier—. ¡Mira, Carol!

La tomó de la mano, ayudándola a incorporarse. Creyó que iban a ser pulverizados por el estruendo y el terremoto que lo sacudía todo. Pero valía la pena morir después de haber visto aquel maravilloso espectáculo.

La nariz del «Super-Star» aparecía por encima de la abierta cúpula, ascendiendo lentamente entre un infernal resplandor al rojo blanco. Subía recto, seguro, como suspendido por la mano de un gigante, apuntando al infinito azul del cielo con su afilada antena que vibraba sobre el brillante cono del proyectil.

—¡Ya sale, Frank, ya sale...!

Efectivamente; el cohete cobraba vida a cada décima de segundo. Ganaba velocidad. La mitad de él estaba ya fuera del silo... elevándose, rugiendo, estremeciendo la tierra, iluminado como una visión del averno por las llamas que quedaban tras él.

Y de repente hubo un estallido indescriptible, más potente que los producidos hasta entonces, y el «Super-Star» se lanzó al infinito con seguridad pasmosa, perseguido por su cola de llamas, mientras una gigantesca humareda se elevaba del silo y las cúpulas eran arrastradas por el huracán desencadenado y toda la tierra parecía a punto de resquebrajarse en pedazos.

Los dos jóvenes fueron arrojados nuevamente por el pavimento de cemento. Parte de una pared se vino al suelo y los cascotes añadieron nuevas heridas a sus martirizados cuerpos. Pero los instrumentos estaban en marcha y parecían inexpugnables entre aquella barahúnda.

Y de repente, de manera brusca, todo cesó y pareció que la Tierra era un mundo muerto y silencioso. Sólo quedó la humareda del silo, y un lejano zumbido que se alejaba por segundos.

Y estaban vivos todavía. Y comenzaban a percibir de nuevo el dolor de sus cuerpos, y descubrían por primera vez el destrozo de sus ropas, casi desnudos, y no podían creerlo y de pronto rompieron a reír como chiquillos, y después como dementes, y se abrazaron en medio de su delirio...

Hasta que percibieren el suave zumbido de los instrumentos de control, con su girar incesante como un signo de vida.

—Carol —susurró Carella, besándola suavemente.

—Estamos vivos, Frank... ¿Te das cuenta? ¡Vivos, santo cielo!

—Esos mecanismos, pequeña, ¿qué significan?

Ella se desprendió de sus brazos, abalanzándose sobre el tablero.

—¡Fíjate! —exclamó, siguiendo el trazo de una movable luz roja —. La trayectoria del vuelo... ¡maravilloso!

—Pero ¿dónde se dirige?

Ellaladeó la cabeza. Estaba recobrando de nuevo su serenidad.

—Al lugar que tú querías... Que Dios nos ayude después de esto.

—¿Al buque? —Casi gimió Carella.

—Al «Yank-Tiang».

Hubo de recostarse contra la agrietada pared para no caer de

espaldas.

—De manera —musitó sin fuerzas—, de manera que van a recibir su merecido después de todo... El estado mayor del más grande crimen jamás imaginado, los bestiales organizadores de la más tremenda matanza van a ser pulverizados por su propio plan... ¿No es para echarse a reír, muchacha?

Ella le miró con un brillo húmedo en los ojos.

—¿Por qué no te ríes entonces, Frank?

—Porque no puedo... La idea de que un puñado de sádicos, ambiciosos y locos puedan llevar a la Humanidad a su final ya no me deja reír...

Ella se volvió de nuevo hacia la mesa. Se inclinó, la espalda tensa como un arco.

—Ahora, Frank... debe estar cayendo... en este instante...

La trayectoria roja sobre la pantalla se extinguió de repente.

—¡Ahora! —sollozó.

A miles de millas acababa de consumarse el drama.

Sólo entonces abandonaron la semiderruida casamata que les había salvado la vida, atravesando la desierta explanada cuyo cemento aparecía desmenuzado y roto. No había el menor signo de vida por ninguna parte. Eran los únicos habitantes de aquel mundo muerto.

—¿Qué vas a hacer ahora, Frank?

—Acabar con la misión. ¿Dónde podríamos encontrar un coche?

—Habrà quedado algún «jeep» en los pabellones de la guardia... Pero creo que deberíamos ocuparnos de nuestras ropas primero.

Él la miró complacidamente. Los jirones del vestido apenas velaban algunas partes del magnífico cuerpo de Carol.

—Así estás más seductora que nunca —decidió—. No podemos perder un segundo.

De nuevo tuvieron que correr casi una milla para encontrar los pabellones del ejército, desiertos y silenciosos también.

—¡Allí, pequeña!

Había un «jeep» medio volcado al lado de una pared derruida. Les costó no pocos esfuerzos enderezarlo, pero al fin pudieron ponerlo en marcha y Carella lo lanzó por la improvisada carretera en busca de la cercana costa.

—¿Crees que todavía estarán allí? —susurró la muchacha.

—Justo ahora empezarán a preocuparse por no recibir el mensaje del buque. Tampoco el submarino se atreverá a asomar la nariz hasta recibir la orden desde el «Yank-Tiang»... Ninguno de ellos podrá saber que ese maldito buque ya no existe. ¿Conoces esta parte de la costa?

—Al principio de estar aquí, cuando tenía menos trabajo, solía venir a nadar... La casa de que habló el profesor está al otro lado de esa arboleda que tenemos delante.

Entonces es preferible que sigamos el camino en silencio.

Detuvo el vehículo y prosiguieron a pie el resto de la distancia que les separaba de los árboles.

—Mírala... ¿crees que estarán todavía?

La cabaña se alzaba casi al mismo borde del mar. La descubrieron al llegar al final de la arboleda, acorruados detrás de los gruesos troncos que les servía; de protección.

—Seguro. Esa gente actúa como robots... No se mueven hasta que se lo ordenan... quédate aquí, Carol, y no te dejes ver por nada del mundo.

—Pero ¿y tú, que vas a hacer?

—No te gustaría saberlo.

La dejó y acercóse a la construcción arrastrándose como un piel roja. Así consiguió llegar a la fachada posterior, carente de ventana, pero en la que había una pequeña puerta.

Carella probó a abrirla. Comunicaba con una cocina desierta, pero al entrar oyó el murmullo de unas voces, no muy lejos.

«Están en la sala delantera, junto al aparato de radio...» — pensó.

Involuntariamente, su pie desplazó una rústica silla. No hizo mucho ruido, pero sí el suficiente para llamar la atención. Las voces cesaron de golpe. Después, unos pies calzados con zapatos se acercaron a la cocina.

De un salto. Carella se adosó a la pared, detrás de la puerta interior. Cuando ésta se abrió, Hang Ti entró en la cocina empuñando una mortífera «Luger».

Jamás pudo saber de dónde procedió el golpe que terminó con su sucia vida. El borde de la mano de Carella se abatió salvajemente sobre su nuca en un mortal golpe de karate. Los huesos emitieron un seco chasquido y el chino cayó hacia adelante. Frank tuvo el

tiempo justo de saltar para cazarlo antes que golpeará contra el suelo.

Pero no pudo evitar que lo hiciera la pesada automática.

La voz del profesor Bloch preguntó desde la sala:

—¿Qué pasa, Hang, qué ha sido ese golpe?

Carella recogió la automática y se adentró en la casa.

El profesor estaba sentado ante el moderno emisor-receptor de onda corta. Giró la cabeza al oír los pasos y el espanto le dejó clavado en su silla.

—¡Usted! —jadeó.

—Fracasó, profesor. El cohete ha estallado ya, pero no sobre Moscú, sino encima del «Yank-Tiang». Todos sus amos han sido barridos de la faz del mundo... igual que va a serlo usted ahora. Vivo, podría representar un riesgo... y una publicidad desastrosa.

—¡No dispare... por piedad, espere...!

—¿Usted habla de piedad?

Desde el lindero del bosque, Carol escuchó los secos estampidos de una pistola romper el silencio del bosque y del mar. Uno, dos, tres... cuatro disparos, contó con angustia.

—¡Frank! —musitó, como si rezara.

Lo vio aparecer por la misma puerta que entrara antes. Detrás de él surgieron grandes llamaradas. La cabaña ardía como una tea.

Fueron en busca del «jeep». Carella estaba silencioso. Su aspecto era el de una máscara espantosa, cubierto de sangre y de heridas, con un ojo casi cerrado, las manos desolladas y una terrible y sombría expresión en su rostro.

Carol no se atrevió a hablar en todo el viaje de regreso. Sólo cuando las casas aparecieron en la lejanía susurró:

—¿Qué va a ser de nosotros ahora, Frank?

Él no se atrevió a mirarla.

—No lo sé —dijo—. Tal vez dentro de dos días esté en Oriente... o en Europa. O quizá en África. Nunca sabemos dónde van a mandarnos. Lo siento...

—Comprendo. Para ti no existe nada más que tu terrible trabajo, ¿no es cierto?

El asintió con un gesto. No podía contarle entonces las razones por las cuales había dedicado su vida y su valor a combatir el crimen y la maldad, allí donde fuera que apareciesen. Se limitó a

callar.

Ella se dio cuenta de que, al acabar el espantoso riesgo que habían corrido juntos, se había terminado también el extraño lazo que les uniera durante aquellas inolvidables horas.

—Siempre te recordaré —dijo solamente.

—Y yo a ti. Estamos llegando, pequeña...

Entraron en el alborotado pueblo. Para ellos dos, la aventura había terminado.

No obstante, Carella sabía que otras surgirían para hacerle olvidar la pesadilla vivida, y el amor naciente de Carol, y la amargura de la separación...

Todo eso debía ser barrido de su vida.

Vio aparecer a Gribble corriendo con el rostro desencajado. Vio cómo abrazaba a la muchacha frenéticamente...

Todo volvía a estar en su sitio. Todo estaba bien.

La misión había terminado.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*

